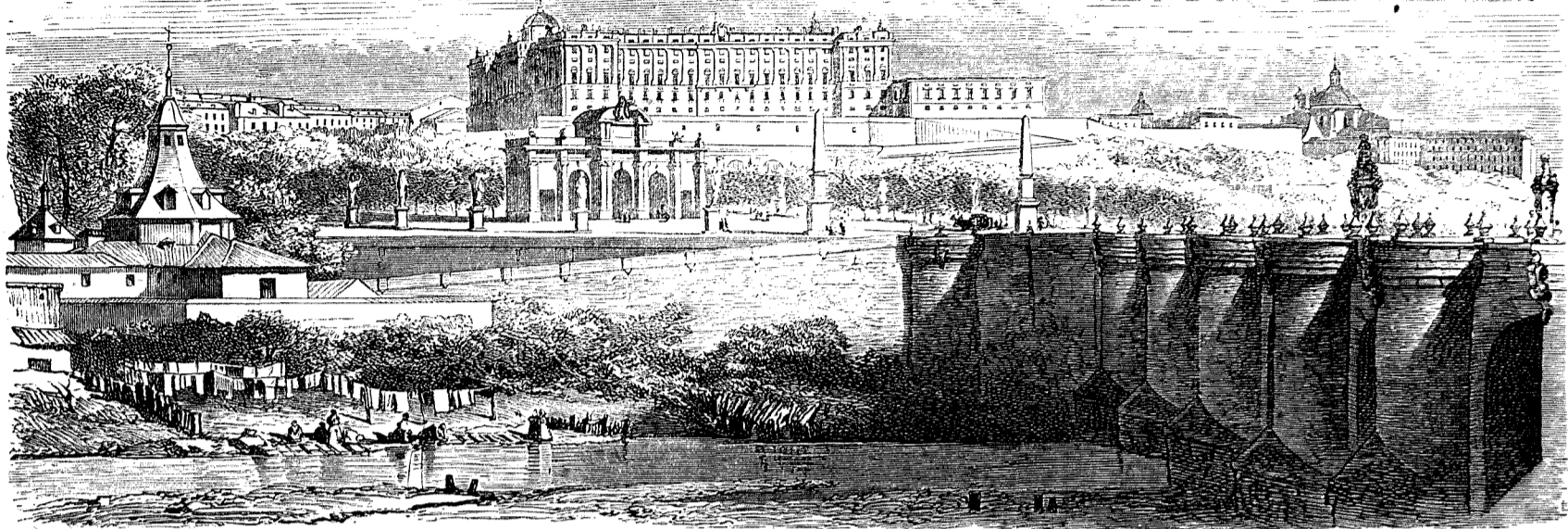
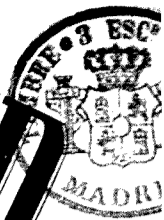


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE OCTUBRE DE 1870.

NÚM. 20.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—Lisboa en 1870, por Rost.—Costumbres del siglo XVII (conclusion), por D. Julio Monreal.—Pensamientos, por D. M. Murguía.—Los sábios, por D. José Fernández Bremon.—El rey Caudale, cuento greco-latino, por D. Santiago de Linters.—Marruecos. Artículo VI, por D. Antonio de San Martín.—Teatros, por don Antonio Sánchez Pérez.—Campana franco-prusiana (continuación), por D. Eduardo de Maritégui.—Barcelona.—Melodías (poesía), por D. Pedro María Barreira.

GRABADOS.—Episodios de la guerra. El correo de París, dibujo de D. A. Perea.—Bombardeo de Strasburgo, dibujo de D. F. Pradilla.—Embarque de los efectos remitidos por las señoras de Stuttgart para las ambulancias, dibujo de D. A. Perea.—Los que van y los que vuelven, dibujo de D. F. Pradilla.—Barcelona. Carrer Vermell, dibujo del señor Pellicer.—Barcelona. Muelle del puerto viejo, del mismo.—Movimiento de la población de Barcelona al declararse la epidemia, del mismo.—Barcelona. Carrer Cremat, del mismo.—Barcelona. Campamento del batallón cazadores de Ciudad-Rodrigo en la montaña del Coll, del mismo.—Lisboa en 1870. Palacio de Belem, de una fotografía.—Jeroglífico.

biéndose por un número de ejemplares, cuyo importe ascendía á 12.000 rs. al año.

La proteccion no tocaba ni con mucho á los términos de la prodigalidad. Deduciendo el coste material de los ejemplares que entregábamos, veníamos á percibir el beneficio líquido de un 20 por 100 sobre la suma total: esto es, unos 2.000

y pico de reales. Tratándose de una publicacion cuyo presupuesto anual asciende á 240.000, bien podíamos haber respondido á los que en esta forma trataron de aliviar el peso que cargaba sobre nuestros hombros, lo que á la pulga de la fábula: *Gracias, señor elefante!*

Pero no lo hicimos así. Aceptamos la proteccion, y la aceptamos con gusto; más bien como muestra de que eran apreciados nuestros esfuerzos, que como ayuda material: pues respecto á este punto, ¿por qué no lo hemos de decir con entera franqueza? casi, casi, creíamos hacer un favor al ministro dándole el derecho de llamarse protector de las artes á tan poca costa.

Hasta aquí todo marchaba perfectamente, pero es el caso que, coincidiendo con la aparicion del nuestro, vió la luz otro periódico que en efecto tiene analogias con LA ILUSTRACION DE MADRID; pero cuya índole es muy diversa.

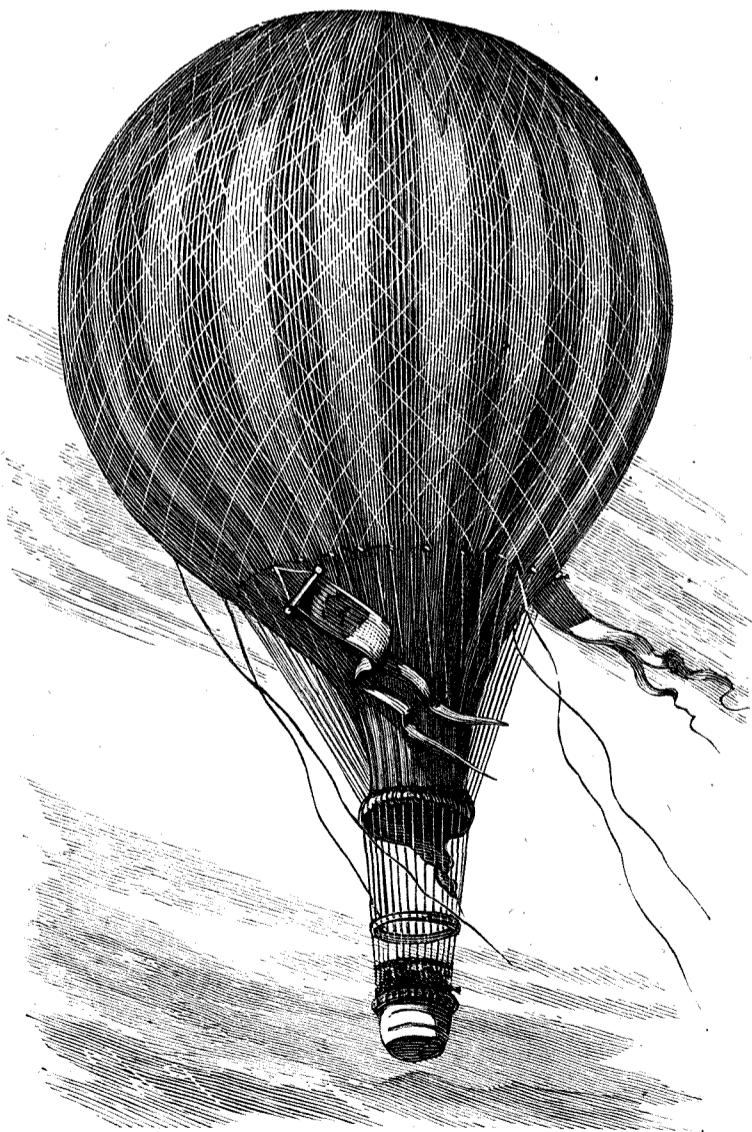
El editor de este periódico se dirigió al señor ministro de Fomento en demanda de proteccion, fundándose en el precedente establecido con el nuestro, y dió cuenta al público de este paso en una hoja tan indiscretamente redactada, como indiscreto era el propósito de traer y llevar esta pequeña cuestion por las columnas de la prensa para que llegara á conocimiento de las gentes. Con este motivo en uno de los números anteriores dijimos algunas palabras, estableciendo la diferencia esencial que existe entre ambas publicaciones.

En efecto: *La Ilustracion Española y Americana*, en cuanto á la parte artística, es el producto de una industria y constituye pura y simplemente una especulacion.

Los medios de que se vale y los

Al intentar varios artistas y escritores asociados, la empresa de publicar una ILUSTRACION española sobre la base de elementos puramente nacionales, muchas personas, y algunas de ellas por extremo competentes, juzgaron irrealizable nuestro propósito: tan grandes y tantas eran las dificultades conque desde luego se comprendia habiamos de tropezar.

Llenos de fé en los admirables resultados de la asociacion, acometimos, sin embargo, la empresa; luchamos con los obstáculos que se nos oponian y vencimos unos y allanamos otros, ofreciendo al público el primer número de LA ILUSTRACION DE MADRID. El público acogió benévola-mente nuestros trabajos, la prensa elogió el esfuerzo que haciamos para no dejar caer en la postracion las nacientes artes del dibujo y el grabado en España, y sin duda comprendiéndolo tambien así, un centro oficial, el ministerio de Fomento, acordó secundar nuestros propósitos suscri-



EPISODIOS DE LA GUERRA.—EL CORREO DE PARÍS.

resultados que consigue no se dirigen á otro punto.

LA ILUSTRACION DE MADRID, por el contrario, es la expresion de un esfuerzo intelectual y hasta ahora representa un sacrificio en favor del arte.

Los grandes obstáculos conque voluntariamente lucha prueban que este es el único fin á que aspira.

Y nada más natural: artistas y escritores nosotros, trabajando en favor de las letras y las artes trabajamos en nuestro provecho.

Industrial el editor, sólo trabajando en pro de la industria puede encontrar ganancia. Nosotros comprendíamos, pues, que en este último concepto pidiese auxilio al Estado, y aunque se le concediese: lo que nos parecía impropio era que lo reclamase por otro negociado que el de industria y comercio, que es el que le corresponde.

En la confianza de que la razon que nos asistía era por extremo evidente, y de que habíamos explicado la distincion debida al señor ministro de Fomento, ni nos volvimos á acordar del asunto. Y entraba por mucha parte en esta confianza de que se nos haría justicia ver que de día en día se deslindaban más claramente los campos, y cada cual de las publicaciones se presentaba con su verdadero carácter.

La *Ilustracion Española y Americana*, que comenzó intercalando alguno que otro dibujo español entre multitud de clichés extranjeros, llegaba en su afición á la industria, hasta llenar números enteros de grabados de deshecho reproducidos por medios mecánicos, en los cuales solo se paga el trabajo de la fundicion y el coste del metal, y por lo tanto se venden al peso. Y cuando la guerra y el sitio de París cerraron la puerta á los clichés, firme en su propósito de no molestar á los dibujantes españoles, traspasaba á la madera los dibujos de la *Ilustracion* inglesa, reduciendo al grabador que había de seguir servilmente las huellas de otro buril á poco más que un carpintero de fino.

LA ILUSTRACION DE MADRID, en tanto, no podía realizar grandes cosas, pero constante en su línea de conducta, aún teniendo que vencer obstáculos inevitables y que deplorar sensibles desgracias, seguía llenando sus columnas de grabados españoles y originales, poniendo unas veces á contribucion el lapiz de reputados pintores, y buscando y revelando al público otras, artistas nacientes que algun día serán gloria de la patria.

Esto al ménos creíamos nosotros, pero estábamos profundamente equivocados; segun una atenta comunicacion del Sr. Director de Instrucción pública, despues de consultados la Calcografía Nacional y el negociado correspondiente, y no sabemos si el Consejo de Estado en pleno, resulta que ambas publicaciones son en un todo idénticas, y que el Sr. Merelo, indeciso y no sabiendo á quién adjudicar la famosa cantidad base de la proteccion del Estado, nuevo Salomón del siglo XIX, decide partirla por mitad entre los dos periódicos, como al célebre niño de las dos madres.

Para completar la similitud del caso y proporcionar al Sr. Merelo la rara satisfaccion de asemejarse siquiera por esta vez al gran rey de los proverbios, nosotros le hemos abandonado la cantidad entera. Como ayuda material, lo repetimos, es muy poca cosa: únicamente la habíamos aceptado como prueba de que se reconocía la importancia del servicio que estamos prestando á un ramo de las artes españolas. Desde el momento en que se nos pone en el mismo caso que otros periódicos que no hacen esto mismo, la proteccion pierde su carácter, quedando reducida á una cues-

tion de ochavos, que, francamente, no nos hacen falta.

Sentimos el deplorable resultado de este asunto, pero no lo extrañamos del todo, tratándose del Sr. Merelo, á quien, apesar de su buena voluntad y siendo, como es, una excelente persona, ya presumíamos nosotros que no se le alcanzaba mucho de asuntos de arte. Hay en los grandes centros intelectuales cierta atmósfera de esquisita civilizacion y refinada cultura, de sentimiento de lo bello, y de buen gusto artístico, que no pueden apreciar los que no la respiran y viven constantemente en ella; por eso no se pasa sin algun peligro de la modesta cátedra de un Instituto de provincias, á la Direccion de Instrucción pública de una nacion.

En quien verdaderamente es inconcebible y lastimoso este crimen de lesa cultura, es en el señor Echegaray.

ECOS.

¿Qué extraño es que el hombre viva tan apegado á la tierra si fué creado de un poco de barro?

Convencido de que la tierra es su madre, la cruza en su larga peregrinacion sin alzar apenas los ojos para mirar al cielo. Si alguna vez en él los fija, es con el mezquino propósito de calcular por su azul ó por las nubes que le cubren, si debe ponerse el sombrero nuevo ó si más bien que el quitasol ha de coger el paraguas.

Sus miradas están fijadas en la tierra, y pensando en las producciones que la embellecen ó en los seres que la pueblan, nace, vive y muere. Al cruzar los campos donde el viento agita en ondas de oro las espigas, piensa en el sabroso alimento con que le brindan y se baja á recogerle del suelo; pero no alza sus ojos con gratitud allá, de donde vienen el sol y la lluvia. Conoce y estudia sólo la historia geológica, política y social del terreno que pisa, y que siente á veces estremecerse bajo sus plantas y á veces abrirse, arrojando fuego ó lanzando torbellinos de agua. En la tierra está el grano, y el árbol, y el animal, cuya carne le nutre y cuya piel le viste; en la tierra están el vino, el oro, el tabaco y la mujer... No queda tiempo para alzar los ojos al cielo ni estudiar sus maravillas y fenómenos.

Así que cuando al anoecer de un hermoso día ve el hombre reflejarse en la tierra las llamas de una aurora boreal, se queda como nosotros nos quedábamos hace días, con la boca abierta y el espíritu un tanto intranquilo y suspenso.

Entiéndese que hablo del hombre en general, y que no comprendo en estas apreciaciones á unos cuantos individuos de la especie humana, que viven con el ojo derecho pegado al cristal de un telescopio, sorprendiendo la conjuncion de los astros y sus evoluciones, agentes de policia del cielo que viven en los espacios imaginarios y á los cuales se les figuran aereolitos, y bólidos, y planetas, hasta los garbanzos del puchero.

Estos, claro es, ven venir una aurora boreal con más anticipacion que el contribuyente augura un nuevo tributo y se van á esperar el fenómeno á hora determinada en el sitio más favorable, con la seguridad que Vd. ó yo nos dirigimos á la estacion del Norte á recibir á un amigo que nos tiene ya cuidadosamente avisados de su llegada por el correo.

Para ellos una aurora boreal es pura y simplemente una manifestacion del magnetismo terrestre, y no anuncia estragos, ni muertes, ni ruinas de imperios, ni revoluciones...

—¡Qué orgulloso y vano es el hombre! me decía un astrónomo á este propósito... ¡Crear que Dios ha de anunciar con tan grandes señales cosas tan pequeñas!

Y en efecto, ¿qué espectáculo más grandioso puede ofrecerse á nuestra vista?

Venid á las regiones donde ese meteoro se presenta diariamente como crepúsculo vespertino de aquel horizonte: á las regiones boreales. Al comenzar la noche, ténues reflejos cruzan el espacio como últimos rayos del sol, ó como flechas de oro lanzadas por una mano invisible: pronto estos rayos parecen unirse, y estrechándose por la parte más lejana del horizonte semejan un

inmenso abanico de fuego, ó se extienden flotando en el espacio como las espléndidas orlas de un manto imperial: orlas que se mueven y avanzan lentamente como si el espíritu de Dios fuese vestido de ellas. Algunas veces el cielo se trasforma en una bóveda deslumbradora, tallada de una sola áscua, ó en la tranquila y siniestra extension de un inmenso lago de sangre. Todos los colores del arco iris bullen y se agitan en el zénit como en el fondo de un gran kaleidoscopio, y forman una corona centellante que desciende en rayos de oro y polvo de luz sobre la tierra. ¡Qué asombro, qué grandeza! ¡Y allí, para que tan maravilloso cuadro nos impresione más y más nos suspenda, el meteoro se refleja sobre campos y mares cubiertos con un sudario de hielo, sobre montes de mármol, sobre rios de ondas petrificadas, sobre árboles que elevan en el espacio sus yertas ramas como candelabros de cristal de brazos gigantescos, y sobre barracas cubiertas de estalactitas, y en cuyo fondo por la piedad divina hay todavía un seno de calor y de vida; unos cuantos seres humanos que adoran á Dios, que le sienten cruzar sobre ellos y que contemplan con recogimiento, aunque sin susto, tan magnífica escena, perdidos entre aquellas dos inmensidades de hielo y de fuego!

Hé aquí una hoja arrancada de la cartera de un empleado del Observatorio astronómico, cuyo corazón no satisfacen por completo las bellezas de los espacios.

Dice así:

I.

En el cielo de tu rostro, Luisa, como en aquel que se tiende sobre nuestras cabezas, he visto en dos días dos auroras boreales.

¿Te acuerdas? Casi lo dudo porque hace cuarenta y ocho horas que pasó por tu rostro el luminoso reflejo de ese meteoro y... ¿qué aurora boreal deja por tanto espacio sus huellas en el cielo?

Estábamos en el jardín de tu casa. Jamas el sol me ha parecido tan brillante, ni tú tan hermosa. El viente-cillo llevaba de mis labios á los tuyos, mal mi grado, palabras y juramentos de amor: era una tarde de esas en que los corazones nacidos para amar se abren como flores al soplo del aura.

—¡Luisa! ¡Luisa! exclamé estrechando dulcemente tu mano... ¿Me quieres?

Tú no contestaste... pero tu rostro, blanco como el marfil, se cubrió con un velo de grana... era la primera aurora boreal del cielo de tu rostro. ¡La aurora boreal del rubor y de la inocencia!...

II.

Al día siguiente, cuando bajé al jardín contento y enamorado, seguro ya de tu amor, mis ojos te buscaron sin encontrarte al pronto.

Estabas sentada en un banco rústico oculto entre los árboles, al lado de un apuesto joven desconocido, y en el momento en que yo os ví y en que me veiais, el viento llevaba en sus alas, no palabras ni juramentos, sino el eco de un beso que resonó en mis oídos como el estallido de un trueno!...

Por segunda vez una aurora boreal apareció en el cielo de tu rostro.

¡Era la aurora boreal de la vergüenza!

Se necesita ser astrónomo y estar enamorado para dar tanta importancia al paso de ciertos meteoros del amor por el rostro de la mujer.

En el camino de Zaragoza ha descarrilado un tren, muriendo el maquinista.

En todas las líneas hay una estacion intermedia con la que no suele contarse: la eternidad.

Coge Vd. su saco de noche, su maleta de viaje, su haz de paraguas y bastones, sus frascos para el agua y el vino, sus anteojos negros y su quitasol blanco, y da usted un abrazo á su mujer y á sus hijos...

¡Adios, y que escribas en llegando!

¡Pero no siempre se escribe!

Todos conocemos las condiciones absolutamente inaceptables para Francia que impone Prusia para la realizacion de la paz. No pudiendo, pues, ser admitidas por aquella nacion, su gobierno acude á los de las neutrales á Inglaterra, á Italia, á Rusia, á España, con el fin de que la ayuden á conseguir una paz aceptable y honrosa.

Y con tal objeto los diplomáticos de estos países van y vienen, conferencian con los embajadores de Prusi

en las respectivas Cortes, y de comun acuerdo se dirigen á Mr. Bismarck interponiendo sus buenos oficios á fin de vencer un tanto la inflexibilidad alemana.

En cierta república de la América del Sur, habia un general que restablecia la disciplina en el ejército por medio de un proceder muy sencillo, que en cualquier punto donde se hablase español se llamaria *palos* y nada más; pero á que él llamaba ampulosamente *palos... rogados*.

Traíanle á un soldado que habia faltado á sus superiores, ó que habia estafado en el juego á sus camaradas, ó que habia decapitado prematuramente algun pollo bajo el techo hospitalario de su patrona, y nuestro terrible general, enterado del caso, dictaba esta compendiosa sentencia...

—; Quinientos palos!—ó seiscientos ó mil—que procuraba no quedarse corto.

Ustedes pueden figurarse el terror del pobre soldado, que no creía tener espaldas para pasar de la tercera ó cuarta docena.

Dirigia una mirada suplicante en torno suyo, y como nunca faltan corazones sensibles, los oficiales á las órdenes del general que se sospecha cómplices del mismo, se apresuraban á interceder por el infeliz destinado á ser lana de colchon, y suplicaban al tirano, por su buena amistad, por los servicios que pudieran haberle prestado y finalmente por Dios y por los santos celestiales, que redujese la importancia de la paliza.

En fin, conmoviase aquel corazón de roca y hacia una reduccion considerable:

—; Cien palos ménos! exclamaba.

Vuelta á rogar y vuelta á reducir el número de palos. Al cabo de diez minutos el soldado no tenia sobre sus costillas más que una amenaza de treinta ó cuarenta palos, y los magnánimos intercesores se declaraban satisfechos.

Era de ver entónces la efusion, el agradecimiento, el entusiasmo con que la víctima se arrojaba á los piés del general y los besaba derramando llanto de gratitud y proclamándole el más sensible corazón de los humanos y el bienhechor de la república. El general se retiraba por su parte muy conmovido y el soldado recibia sus cuarenta palos con la mayor satisfaccion que es posible recibir tal regalo.

Ahora, si vuelven Vds. los ojos al teatro político y ven Vds. á Mr. Bismarck inflexible, á las potencias neutrales suplicantes, y á Francia esperando el resultado de las súplicas, convendrán en que tenemos ante los ojos, en la gestion diplomática de la paz, una nueva escena de *los palos rogados*.

¡La paz! ¡Dulce palabra! Mas ¡ay! para los que han perdido en la guerra los pedazos de sus entrañas, para los huérfanos, para las familias que huyeron de sus hogares al resplandor del incendio, y por entre los campos cultivados con afán y regados con el sudor de su frente, para estos la paz es sólo una ruina en que llorar las desgracias que sobre ellos ha llamado la ambicion de otros hombres!

¡Qué horrible hecatombe! ¡Cuánta desolacion! ¡Qué dolor! ¡Qué miseria! ¡La peste, el hambre, la muerte por todas partes! Cesará el ruido seco de las bayonetas al cruzarse, el feroz relincho de los caballos, el zumbido de los cañones y el estrépito de los edificios desplomados al peso de las granadas; pero el sordo murmullo de quejas y maldiciones que se eleva al cielo desde pirámides de heridos y de cadáveres, tendrá un eco terrible y duradero en Francia y Alemania.

¡Cuándo volverán á ver estas naciones en sus ciudades y sus campos una juventud robusta y útil como la de sus destrozados ejércitos?

Bien venida sea, no obstante, la paz, á cuyo influjo renace el árbol cortado y brota el césped en las rocas peladas. ¡Bien venida sea! Las viudas encontrarán algun inválido que reemplace al lamentado esposo, y Dios, que da alimento á los insectos y los pájaros, protegerá á los huérfanos en su triste abandono.

* * *

En el momento de cerrar este número el telégrafo anuncia que Metz se ha rendido.

Ciento cincuenta mil hombres más que se sientan á la gran *table d'hôte* de Prusia.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

LISBOA EN 1870.

III.

Desde la plaza de Pelourino, ya conocida del lector, parten á horas fijas ómnibus para Belem, que recorren la *calle del Arsenal* para tomar el *Caes de Sodre*, punto de reunion de patronos y marineros en que se tratan los negocios relativos á viajes marítimos de largo curso, y estacion de los vapores que hacen el servicio de navegacion fluvial á la otra banda (orilla izquierda del Tajo), á Belem y demás puntos de la ribera derecha hasta Cascaes.

Lisboa tiene ocho grandes muelles de embarque y desembarque: los de *Fundicao*, *Santarem*, *Alfandega*, *das Columnas*, del *Arsenal*, de *Sodre*, *Ribeira Nova* y *Belem*, y cuatro menores: los de *Ferreiro*, de *José Antonio Pereira*, de *Alcántara* y de la *Cordoaria*. Desde *Ribeira Nova* hasta *Praia dos Santos*, se ha construido modernamente un *aterro* llamado de *Boa Vista*, magnífica extension que ya mide 900 metros en línea recta. Por el lado izquierdo, el del rio, corren cuatro alamedas; por el derecho se encuentran, despues del *Mercado de pescado*, dos lindos *squares* que amenizan la barriada de elegantes construcciones que ha empezado á levantarse. Para formar, andando el tiempo, uno de los más lucidos parajes de Lisboa. A espaldas de estas líneas de edificios, en la calle de *Boa Vista*, se hallan la *fábrica del gas*, el *Instituto industrial* y la *fábrica de moneda*, que está dotada de muy buenas máquinas y de un gabinete de monedas y medallas sumamente curioso.

El *aterro* de *Boa Vista* conduce á la via directa que va hasta *Alcántara*, término de la ciudad por Oeste. Pero si allí se halla la puerta, ó barrera municipal, no el fin de la poblacion, que se extiende considerablemente fuera del recinto murado. Empieza el barrio de *Alcántara* en el magnífico *cuartel de marina*, que ha quedado á la izquierda y alcanza hasta la *Junqueira*, de que luego hablaremos. Si hemos pintado en algunas pinceladas la fisonomía del Chiado y del centro de la ciudad, no hay razon para que no dibujemos tambien el aspecto de los extremos.

Hállase *Alcántara* á orillas del Tajo, cruzada por un canal que en él desemboca, y con las mejores condiciones para ser lo que es: un importante centro fabril. Contiene su recinto dos magníficas fábricas de hilado y tejidos de algodón y lana, dos de percales, una de estampacion, tres de cuerdas y tejidos de esparto, más de una docena de curtidos, seis hornos de cal, dos molinos de aceite, dos idem de arroz, dos fábricas de fideos y pastas, otras de bujías, jabon, refinacion de azúcar, vidrio, refino de salitre para pólvora; talleres de cerrajería y cantería con máquinas movidas al vapor, de construccion de buques y otras manufacturas, algunas de ellas tan importantes, que dos sólas dan ocupacion á más de dos mil personas, y varias hacen una exportacion considerable de sus productos, señaladamente la de tejidos de algodón que surte á gran parte de la Extremadura española. Hay tambien en *Alcántara* grandes almacenes de trigo, maiz, carbon, pino para hornos; el depósito de la Compañía de carruajes ómnibus, varias panaderías españolas, algunas de ellas montadas en tan gran escala, que han estado encargadas del suministro del pan á toda la guarnicion de Lisboa y, lo que es natural en un centro semejante, multitud de tiendas de comestibles, cafés, tabernas y pequeñas industrias y comercios para servicio de aquella poblacion.

Fué otro tiempo la de *Alcántara* tristemente célebre por los desórdenes y asesinatos que en ella ocurrían, y que fueron concluyendo á medida que se desarrolló la actividad industrial, creando nuevas costumbres. Hay hoy familias enteras que todas las mañanas se distribuyen en diferentes fábricas y no vuelven á reunirse hasta que por la noche regresan al lugar, despues de concluido su trabajo. Han contribuido á tan ventajoso cambio el *Asilo de la infancia*, fundado por D. Pedro V, donde las madres dejan á los párvulos al entrar en las fábricas; la *escuela de San Pedro de Alcántara*; la *Normal* del sexo femenino; la de *niñas huérfanas*, debida al capitalista Fonseca, conocido por Montecristo; el *Asilo de vaparigas abandonadas* (jóvenes), establecido en el alto de *San Amaro*; varias *sociedades de socorros mútuos* en que están inscriptos casi todos los habitantes de aquel barrio y tambien una lógia masónica titulada *Perseverança*, que ejerce actos notables de beneficencia.

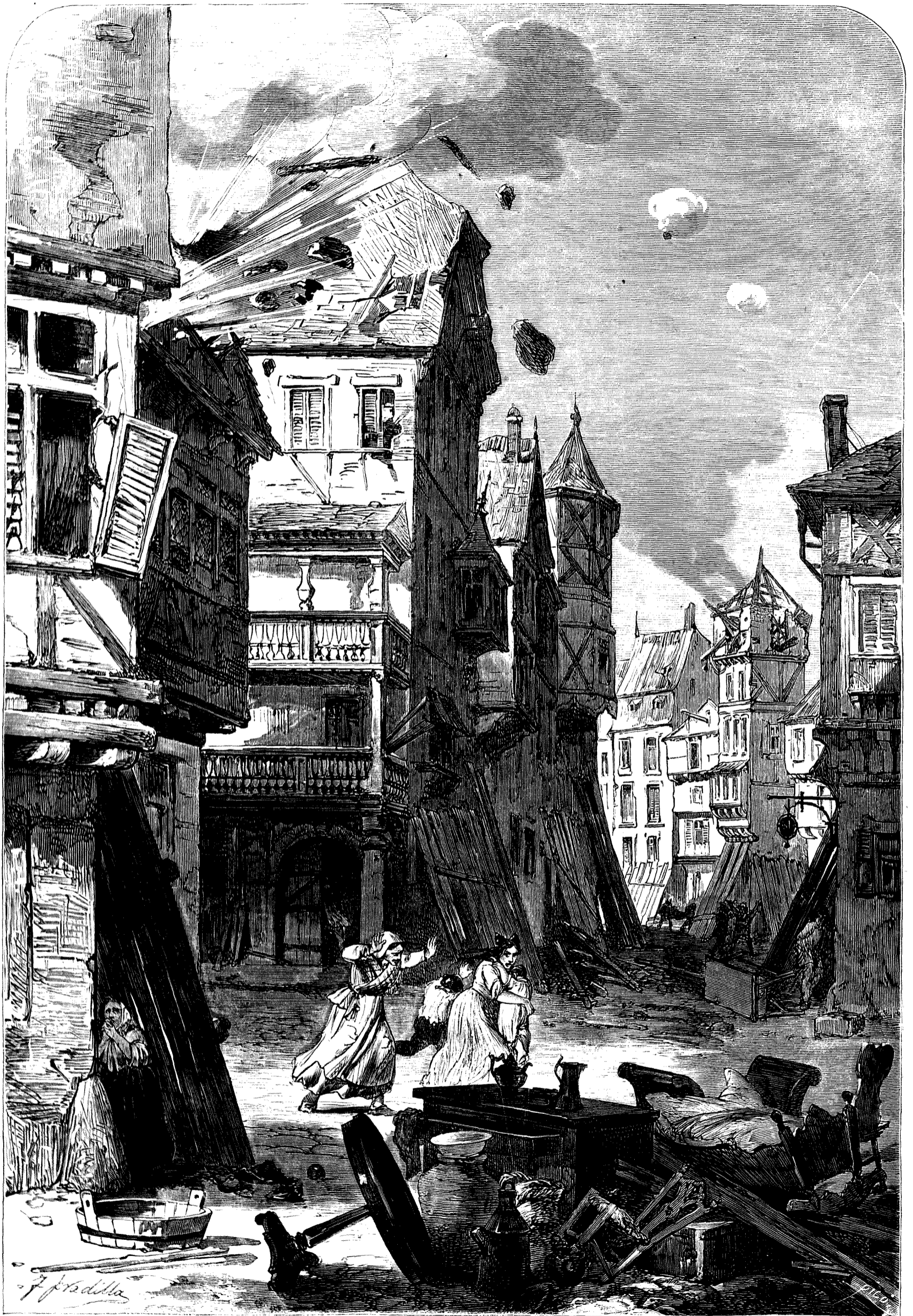
El barrio de *Alcántara*, esencialmente trabajador y activo, presenta un aspecto enteramente opuesto al del centro de Lisboa: movimiento constante, animacion general, circulacion continuada de personas que caminan á paso ligero y de vehículos dedicados al trasporte de

las primeras materias, desde el Tajo á las fábricas ó de las manufacturas al rio ó á los almacenes centrales de la ciudad; en una palabra, la vida exuberante de todo centro industrial. Aquellos habitantes encerrados seis dias por semana, gozan los domingos, rara vez en el centro de Lisboa, donde no van casi nunca aunque á ello les brinda lo económico de los vapores y los ómnibus, prefiriendo más bien buscar el esparcimiento en fiestas y romerías locales, muy célebres algunas de ellas, para lo cual son grande elemento cinco *filarmónicas* bandas de música compuestas de bandurrias, violines y flautas, formadas por operarios de las fábricas, una de estas bandas de niños, otra con instrumentos de viento, todas ellas caracterizadas por una marcha popular llamada de *Sol y do*, que recuerda el antiguo aire de la manolería madrileña, que Barbieri ha convertido en la animada marcha de *Pany Toros*.

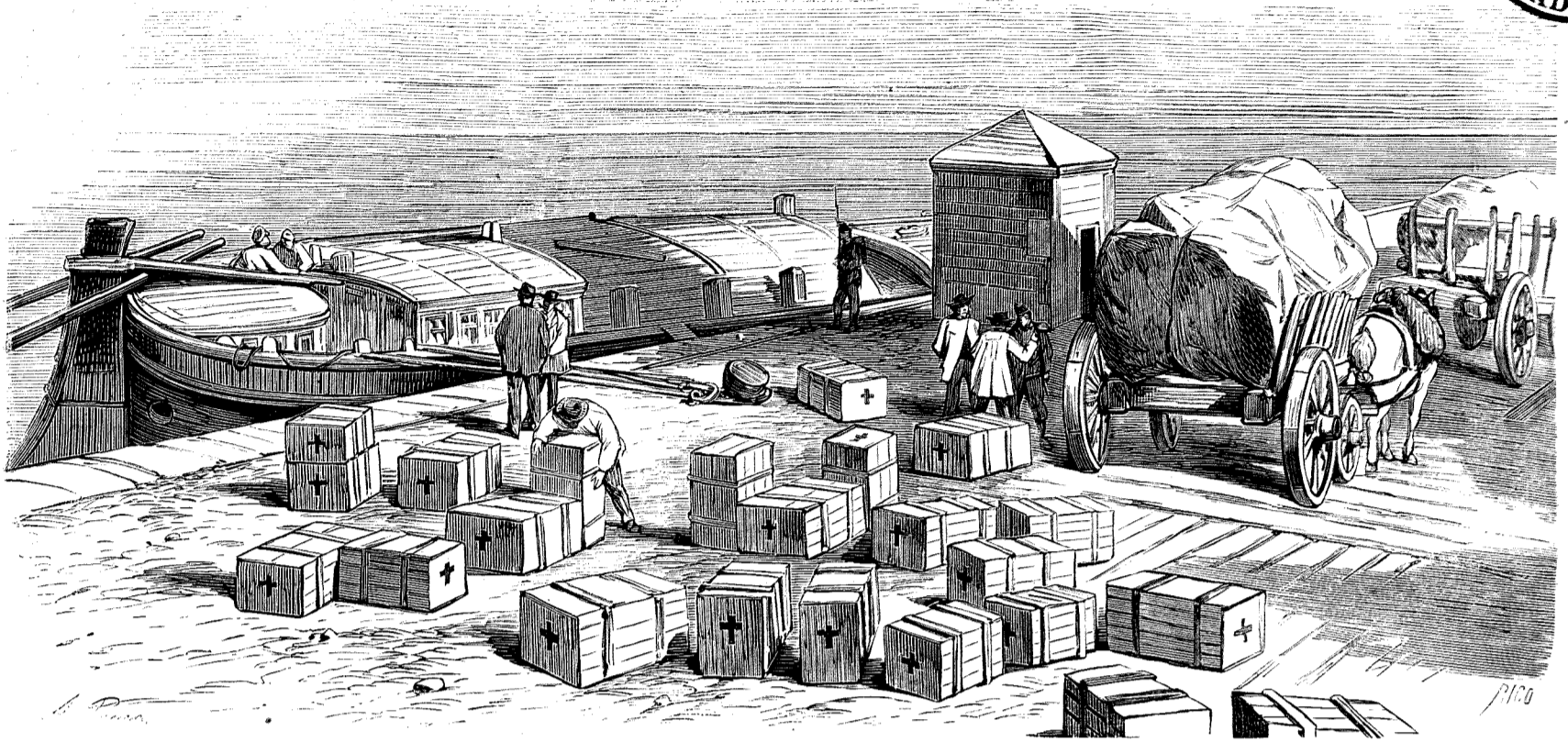
Aunque el estado moral de aquella poblacion mejora de dia en dia, aún quedan vestigios de lo que fué en otro tiempo, aún permanecen en ella los *fadistas*, tipo de Lisboa que requiere alguna explicacion. O por descaído de los padres ó por mala inclinacion de los hijos, los hay que no adquieren la costumbre de ir ni á la fábrica ni á la escuela; la reunion de individuos de estos instintos, constituye grupos dedicados á la *candaya*, merodeo de todo lo que cae por delante y en especial de lo que se desprende en los embarques y desembarques de géneros y materias: para esta explotacion los *fadistas* se lanzan al rio en canoas enteramente primitivas, que mueven con palos más que con remos, y rondan las cercanías de las fábricas, prontos á robar el carbon, la leña, el algodón, la lana, el esparto y cuanto se les viene á mano: estos niños, que cuando llegan á jóvenes no se prestan nunca á ser soldados, se declaran prófugos y dan batallas campales á la policia, se dedican con pasion á tañer la guitarra y son tocadores é improvisadores de *fado*, cancion especial portuguesa, cuya música y letra varia hasta lo infinito, pocas veces para ser decente y sentida, casi siempre para dejar muy atrás las coplas de Perico el ciego. Los *fadistas* se distinguen por una gorra negra de forma especial, faja tambien negra, pantalon largo y melena larga; esperan al anochecer sobre el puente, los sábados especialmente en que pagan los jornales, á los operarios de las fábricas, y dedican su ingenio á arrastrarles á las tabernas donde, por medio del juego, puedan apoderarse del fruto del trabajo ageno.

El lector nos permitirá que antes de dejar á *Alcántara*, le contemos una historia. Viven en una parte de aquel barrio gente de la marina y mujeres de vida airada; una de estas, llamada *Enriqueta*, tuvo relaciones con un patron ya bien acomodado, que al fin se estableció en una casa, sacó á *Enriqueta* de la en que estaba y vivió con ella largo tiempo. Una noche el patron llamó á uno de los más célebres *fadistas*, ciego por más señas, le hizo subir á la casa y le mandó tocar en la guitarra la música con que suele acompañarse al *Viático*. despues la que se toca al pasar la *Extrema-Union*, despues el oficio de difuntos, despues la imitacion del doblar de las campanas á muerto, despues le puso en la calle. Los vecinos notaron que en tres dias, á contar de aquella noche, no habia entrado ni salido nadie en aquella casa; al cuarto dieron aviso á la autoridad, que la registró sin encontrar ni persona, ni desorden alguno en ella: un nuevo y más minucioso registro denunció el paradero de *Enriqueta*, que despues de cortada en pedazos con una navaja, habia sido emparedada; el patron fué preso, confesó su crimen, que habia sido inspirado por los celos, y fué condenado á pena capital, que hacia ya veinticinco años era siempre conmutada por la inmediata: antes de que esta pudiera serlo apareció la abolicion de ella, de modo que el patron de *Alcántara* fué el último condenado á muerte en Portugal.

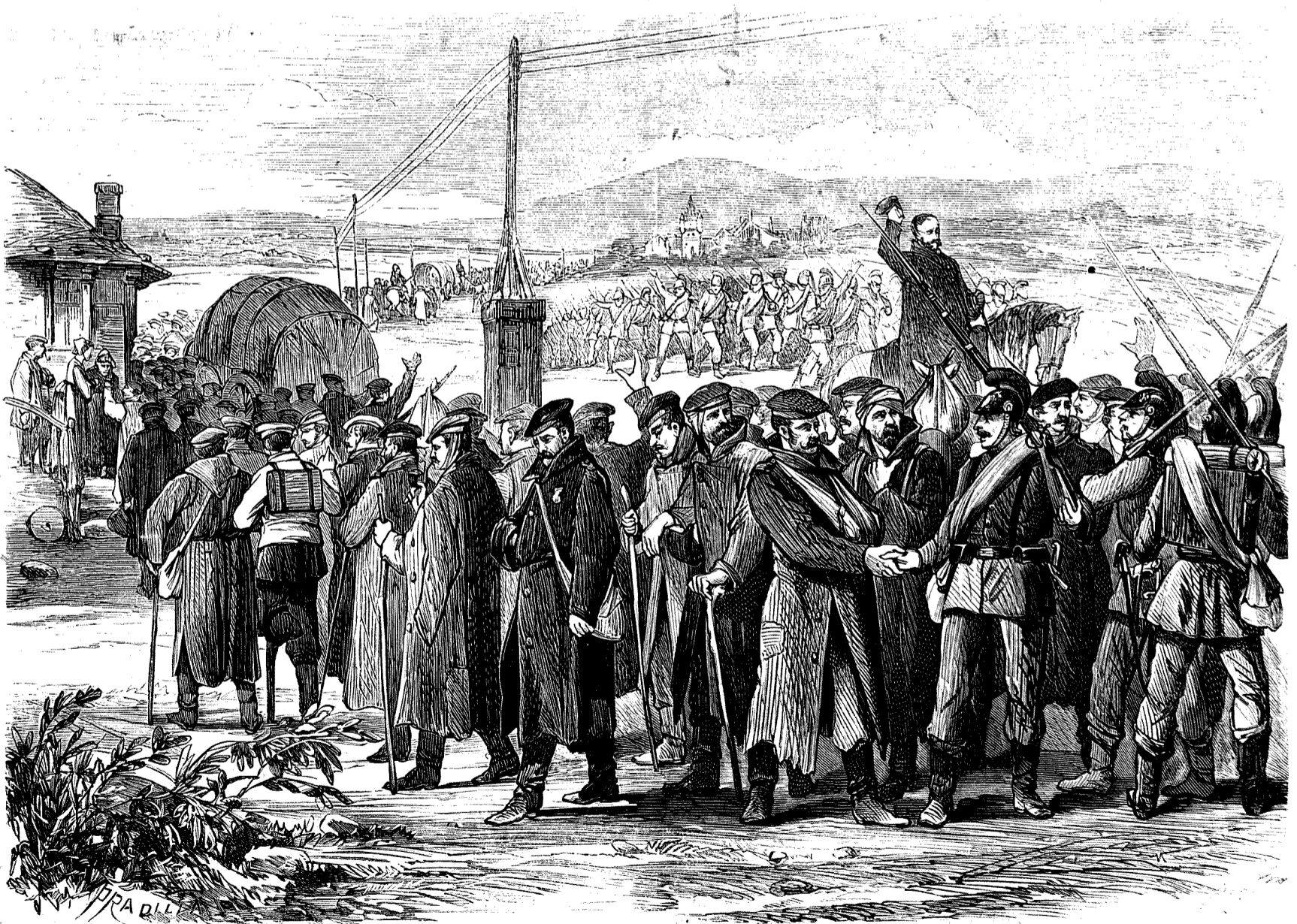
Sin detenernos siquiera á echar una mirada al *Alto de San Amaro*, calle casi exclusivamente habitada por gallegos, pasemos de las formadas por casas de pobre apariencia á las que, constituyendo verdaderos palacios, forman el largo de la *Junqueira*, espacioso boulevard, que para ser completamente bello sólo necesita que lleve á él el *aterro* de *Boa Vista*, conocido del lector y cuya prolongacion no se halla ya lejos de *Alcántara*. Por el lado izquierdo de la *Junqueira*, corre paralela á la orilla del Tajo una alameda á cuyo linde se encuentra el demasiado vasto edificio de la *Cordoaria*, fábrica de cables y lonas para suministro de la marina, que tiene ademas una oficina de instrumentos de matemáticas. Por el lado derecho se extiende una larga línea de elegantes edificios de propiedad particular, la mayor parte con jardines, parques, kioskos y templetas, cerrado todo ello con verjas de hierro. Casi todas aquellas construcciones son modernas: la más antigua no se remonta más



BOMBARDEO DE STRASBURGO.



EPISODIOS DE LA GUERRA.—EMBARQUE DE LOS EFECTOS REMITIDOS POR LAS SEÑORAS DE STUGART PARA LAS AMBULANCIAS.



EPISODIOS DE LA GUERRA.—LOS QUE VAN Y LOS QUE VUELVEN.

allá de mitad del siglo pasado. Aquella parte de población, en terreno llano, á lo largo del río, se debe sin duda á la experiencia de lo poco sensible que fué en aquel sitio el terremoto de 1755; la misma estructura de los edificios, que en su mayor parte sólo constan de piso bajo y principal, y la frecuencia en los jardines de ligerísimos aposentos, que lo mismo pueden servir de frescos cenadores que de refugios en caso de temblor de tierra, indican la causa del singular contraste que ha venido á operarse en las afueras occidentales de Lisboa, de un barrio aristocrático despues del esencialmente democrático de Alcántara.

Poco despues de la Junqueira, ya en pleno distrito de Belem, se encuentra la plaza de Don Fernando, formada al N. por el muro del jardín del palacio de Belem, la fachada del Picadero, perteneciente al mismo, y algunas casas particulares; al S. por un magnífico muelle sobre el Tajo; al E. por las caballerizas reales y al O. por varios edificios que nada tienen de notables. La plaza es grande, está arbolada, formando un elegante paseo muy concurrido los días festivos y ofrece una vista encantadora hasta alta mar.

Tiene aquel sitio muchos recuerdos históricos: allí perdieron la vida el duque de Aveiro, el marqués de Jovosa y conde de Alhondiga y consorte, reos del misterioso y no bien averiguado atentado contra la vida de José I; allí fueron embarcados los jesuitas despues del decreto de expulsión de 1759; allí se embarcó tambien para el Brasil, en 1807, huyendo de la invasión francesa, la familia real, cuyo príncipe regente, despues Juan VI, entretenido durante el consejo celebrado para acordar aquella escapatoria de los Braganzas (copiada despues en España por los Borbones) en cazar las moscas que revoloteaban por la sala, exclamó en lo más serio de la discusión, "Atrapé una," poco ántes que la reina loca pronunciase al embarcarse en aquel sitio está pregunta: *¿Deixamos ó reino sem haver um só combate?*

Formando, pues, uno de los lados de aquella plaza, se halla el llamado *palacete* y *palacio do Picadeiro*, y arriba, en lo más elevado del terreno que allí forma el extremo de una gran colina, en la cumbre de un agradable jardín de mesetas ó planos gradual y simétricamente sobrepuestos, se levanta el *palacio de Belem*, cuya fachada al Mediodía consta de cinco cuerpos, estando incompleta la del Norte. Las mejoras que en diferentes reinados ha ido recibiendo carecen de regularidad; las salas principales son bellas, todo lo demás mezquino; lo magnífico es el panorama que desde allí se desarrolla. La quinta tiene espaciosas calles de árboles, donde en el rigor del verano se respira un aire puro y fresco, graciosas plazoletas con lindas fuentes y esculturas, entre las cuales sobresalen las que representan la Caridad romana, su autor Bernardino Ludovici, y Cleopatra en sus últimos momentos, obra de José Mazzuold.

Detrás del palacete que hace esquina á la calzada de la Ajuda, en un gran cochero, poco digno en verdad, se halla una de las mayores curiosidades de Lisboa: una riquísima colección de coches antiguos, pequeño testimonio, sin embargo, de la loca prodigalidad de don Juan V, servil copista del fausto de Luis XIV. Despues de haber desaparecido muchos carruajes al hundirse el palacio de la Reveira en el terremoto, despues de haberse llevado cuarenta y tantos al Brasil el príncipe regente en 1807, despues de haber ido otros á Rio Janeiro en 1834 y de haberse vendido no pocos por deteriorados, aún quedan treinta y nueve que son la admiración de cuantos van á verlos. Desgraciadamente todas las noticias que acerca de ellos puede adquirir el curioso, dado que esas merezcan fé, se reducen á un mezquino papel puesto en cada carruaje, designando el reinado á que pertenece: alguno hay cuyo origen indican las divisas, blasones ó señales que en él se ven; la mayor parte, desde el que se atribuye al rey de España Felipe III hasta el que pasa por ser de José I, carecen de procedencia admisible, porque son muy poco fundadas las que tradicionalmente se dan acerca de su oscura historia. Entre aquella magnífica y sin rival colección de coches, merecen señalarse dos de gala de D. Juan V, llamados carrozas triunfales, que tienen grupos de escultura de gran tamaño y de mucho mérito, en particular el que representa las alegorias del Tajo y Duero.

Todo lo que tiene de admirable esa colección de carruajes, que no admite comparación con los que hemos visto en las demas capitales y á la que la de España sólo puede oponer el de doña Juana la Loca, aunque de muy distinto género, otro tanto tienen de pobre las cocheras y caballerizas para el servicio actual de los reyes de Portugal, que se hallan en uno de los costados de la plaza de D. Fernando y que no merecen visitarse por nadie que conozca las inmensas riquezas néciamente enterradas en las caballerizas de Madrid.

Por el lado occidental de la plaza, continuando la vía directa, se llega por una calle de casas regulares á una explanada conocida con el nombre de *Rastello* y á la cual se halla unido uno de los más gloriosos recuerdos de Portugal. El 8 de julio de 1497 estaban fondeados en aquella orilla del Tajo cinco buques prontos á hacerse á la vela: la explanada rebosaba de gente, y de una pequeña ermita salía larga procesión, pomposo séquito, que iba á dar un triste adiós á aquellas embarcaciones. Vasco de Gama dejaba la orilla y mandaba levar anclas para poner la proa al nuevo derrotero de la India. En el extremo de la playa, ante aquellos buques mirados por la multitud como túmulos, los navegantes recibían la ab-solucion general, las campanas doblaban á muerto y la ciudad de Lisboa despedía á los peregrinos en busca de un mundo incógnito.

Cuando Vasco de Gama hubo llevado á feliz término la gigantesca empresa de abrir camino para las Indias Orientales doblando el cabo Tormentorio, más adelante cabo de Buena Esperanza, el rey D. Manuel resolvió edificar en el mismo sitio del Restello, donde el intrépido marino portugués se había embarcado, un suntuoso templo. Pertenece este monumento al primer tercio del siglo XVI, y es bien extraño que se haya conservado hasta nuestros días resistiendo al terremoto. Descrito está el *monasterio de Belem* por cuantos escritores portugueses ó extranjeros se han ocupado de Lisboa *. Fué construido en la decadencia del estilo ojival y ántes que se fijara el renacimiento, y participa por tanto de las formas generales del primero y de los detalles del segundo, careciendo de fuerza y unidad perfecta, haciendo alarde de la originalidad forzada que produjo el estilo plateresco, de que es muestra el claustro interior. Consta la iglesia de tres naves; la central de una anchura extraordinaria relativamente á las dos laterales, separadas por pilares tan ligeros y esbeltos, que cuesta convencerse de que sobre ellos pueda descansar sólidamente la masa enorme de bóvedas de sillería: aquellas columnas, de las cuales parte el maravilloso haz de nervios que sujetan las bóvedas, imprimen á la construcción arquitectónica un sello tal de grandeza y atrevimiento, que difícilmente se encuentra efecto semejante en ningún otro monumento. Se entra en el edificio por un espacioso vestíbulo y se llega á los claustros que rodean un bellissimo patio lleno de camelias y otras flores. Es notable la vasta perspectiva de las arcadas que forman los cuatro lados del patio en sus dos pisos; forma contraste aquella obra con la construcción del templo, de cuyo estilo ojival aunque regenerado se separa todavía más; hay cierta pesadez inmotivada en aquel patio, que no pasa de ser un estimable ejemplo de estilo plateresco; no obstante las pretensiones de originalidad y de escuela que los portugueses han llegado á bautizar con el título de Manuelina, el maestro Butaca desapareció sin dejar discípulos dotados de su imaginación y aptos para perpetuar sus bellos extravíos. La fábrica de Belem es, pues, una mezcla de las formas degeneradas del estilo ojival, con los cincelados clásicos de la ornamentación pagana restablecida por el renacimiento; así y todo, templo y patio son un maravilloso monumento, que por su valentía, su riqueza y la facilidad de su ejecución, constituyen preciosas joyas con que justamente se enorgullece el pueblo lusitano y la ciudad que las posee. Desgráciale el pegote de la capilla mayor, especie de afustilla greco-romana de la dominación de los Felipe, y aún eran infinitamente peores las trasformaciones bárbaras que los frailes hicieron en el convento, mirando sólo á su comodidad ó su capricho, sin cuidarse para nada, no ya de respetos artísticos, pero ni siquiera de las exigencias más vulgares del sentido comun.

Afortunadamente lo que era convento es hoy *casa Pia*, asilo de beneficencia que nos complacemos en reconocer como uno de los mejores establecimientos de su clase que pueden visitarse en Europa, y su muy ilustrado y entendido director D. José María Eugenio, de Almeida está tambien encargado de la restauración del edificio, en algunas partes reconstrucción casi completa, sobre todo en la vasta y magnífica galería de 180 metros, que ya va suficientemente adelantada para que pueda juzgarse el efecto que va á ofrecer el conjunto de aquella fábrica una vez restablecida por completo.

Siguiendo el camino y volviendo un poco á la izquierda, al llegar á *Pedronços* se encuentra la *Torre de Belem*, proyectada y trazada en tiempo de D. Juan II y edificada por D. Manuel en medio del río, cuyas aguas

han ido aglomerando arena hasta dejarla en el extremo de un gran banco. Es este monumento una de las mayores bellezas de Lisboa por lo precioso de sus formas, lo esbelto de sus líneas, lo elegante de sus ventanas y galerías, lo rico de su ornamentación, lo precioso de sus labores, que más parecen algunas de encaje que de piedra, y su espléndida vista de la ciudad, de las montañas, de la otra orilla y del Océano. Como punto militar, aquella fortificación sólo tiene un interés arqueológico. Durante la guerra de los Estados-Unidos entraron en el puerto de Lisboa dos buques de opuestos bandos: uno de ellos salió y el otro le siguió para darle caza, sin cuidarse de cumplir con el plazo que para ello debía guardar respetando la neutralidad de Portugal. El comandante de la torre de Belem disparó á la fragata *Sacramento* un cañonazo con bala, que no la hizo ningún efecto, y que no fué contestado, segun el jefe del buque, por no echar abajo juguete tan lindo como la torre.

Por una calle sin interrupción hemos llegado á *Pedronços*, más de una legua distante del punto de partida de este paseo: tiempo es terminarle regresando por mar, que eso es el Tajo en su anchurosa desembocadura, para contemplar el magnífico panorama que ofrece Lisboa, mostrando como un gran lienzo que se desarrollara lenta y progresivamente á los ojos del espectador, su semicírculo saliente, mitad en llano, mitad á la falda de elevadísimas colinas; sus líneas de calles desde las márgenes del río á las alturas; sus templos, sus palacios, sus casas, sus jardines, sus terrazas, sus escalinatas, sus kioscos, sus templetos, todo ello bajo un cielo limpio y despejado, reflejando sus colores en la inmensa superficie del Tajo; todo ello bañada la ciudad por un sol esplendente, ligeramente velado alguna vez para producir efectos que las paletas de los pintores no tienen tintas con que reproducirlos.

Rosí.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA PICA EN FLÁNDES.

(Conclusion.)

Encuanto llegaba un comisario á un pueblo en busca de aposento * era como tocar alarma para esconder cuanto querian poner en salvo.

Pero los que padecían terrible saco eran los corrales.

Por la noche y en cuanto quedaba todo en silencio, no faltaba quien saliese á explorar, y para descubrir el sitio en que estaban las gallinas, imitaba el canto del gallo, con lo que las aves en breve se delataban y en ellas hacia su agosto.

Para evitar estos daños solían componerse los concejos de los pueblos con el comisario, pues como éste siempre iba delante á buscar los alojamientos y señalaba el itinerario, solíase dejar convencer, mediante algunos ducados, de que no debía descansar la tropa en el pueblo y la hacia pasar más adelante; disposición que le valía las maldiciones de los soldados, que renqueando y medio muertos tenían que continuar la marcha.

Es de advertir que no más á los plebeyos obligaba esta carga de aposento *, pues los hidalgos estaban li-

* Aposento: alojamiento para los soldados.

* En la comedia de Calderon *El alcalde de Zalamea*, dice Juan á su padre, el Labrador Crespo:

JUAN.

¡Que quieras, siendo tan rico,
Vivir á estos hospedajes
Sujeto!

CRESPO.

Pues, ¿cómo puedo
Excusarlos ni excusarme?

JUAN.

Comprando una *ejecutoria*.

(Jornada I, escena IX.)

El gracioso Nuño, en la misma comedia, atribuye epigramáticamente la exención, no al fuero de hidalguía, sino á la penuria proverbial de esta clase; así, dice á su amo:

NUÑO.

.....si no alojan, señor,
en cas de hidalgos á nadie
¿Por qué piensas que es?

DON MENDO.

¿Por qué?

NUÑO.

Porque no se mueran de hambre.

(Jornada I, escena IV.)

* Las mejores descripciones son una monografía del Varnhagen, otra publicada por Latino Coelho en la obra titulada *Portugal artistico*, y el capítulo de la obra de Mendes Leal *Monumentos nacionaes*.

bres de ella, así como de la de bagaje, por juro de hidalguía.

Forzoso era que se juntase mucha gente de malas partes, por haber muchos soldados de la leva, que consistía en una especie de ojeo que se hacía de la gente baldía y vagabunda, destinándola al servicio militar, muy principalmente á la marina.

Cuando de este modo no se completaba el número, ó había de armarse una compañía, el capitán levantaba gente, plantando bandera en punto conocido y enviando algunos soldados, como de muestra, á que reclutasen voluntarios, hasta que, conseguido su intento, partía con su tropa.

A esta entregaba el prest, á que denominaban socorro, el pagador, quien estaba facultado, con arreglo á las instrucciones que tenía para pagar las plazas ó no, esto es, para aceptar como soldados ó desechar á los que se presentaban en las muestras* á recibir el socorro.

En tales muestras podía el capitán engrosar en su provecho el número de los soldados de la conducta* si sabía industriarse para ello.

Es de advertir que para hacer el socorro el pagador, durante las marchas, tenía por costumbre y era corriente encerrar á los soldados de cada compañía dentro de la iglesia, de donde iban saliendo como los carneros del aprisco, uno por uno á recibir el socorro; y entonces el pagador podía rehusarlos sino los encontraba aptos para el servicio.

Aquí solían entrar las tretas del capitán, haciendo pasar por soldados mozos del pueblo como enganchados y por ellos recibía el pré correspondiente, que paraba en su bolsillo.

De parecida treta solían usar los bagajeros y muchileros, contando bagajes de más, cuando se pagaban á dinero y gracias sino los hacían escurridizos, dándolos por perdidos, encontrándose ellos lo que les producía la venta.

Sacaban también propinas de los dueños de los bagajes, haciendo de modo que se excusasen del servicio, favor cuya dificultad encarecían para sacar mejor partido de la exención.

Las boletas de alojamiento eran otro objeto de lucro, reservándose el capitán las de los labradores más ricos, que redimían luego el servicio por bajo de mano, habiendo quien daba por ello hasta cincuenta reales. ¡Tan to les importaba libertarse de tan récia gabela!

En las compañías había sus valentones, que miraban de reojo, enseñaban largos gabitanes en las espadas y tenían como á vanagloria ostentar cicatrices en muchos puntos, aunque no siempre eran tan honrosas que pudieran envanecerse de ellas.

Estos tenían su punto de reunión, adonde sólo sus iguales eran admitidos, debiendo hacer singulares pruebas el que aspiraba á tanta honra como contar por camaradas á la espuma y nata de los valientes.

Allí de continuo se narraban proezas, que de ser tales como las refería el autor, ni Roldán, con todos los doce Pares, ni el mismo Cid en persona, las llevara á feliz término con la bizarría y denuedo de aquellos hombres.

Lo cierto es que daban que hacer al Comisario General*, que corregía sus fieros y bravatas*.

No era raro ver que á las compañías siguiesen ciertas gentes allegadizas, amigas de la vida alegre y malbaratada de los cuarteles y campamentos, más contentas con la soldadesca, con quien hacían su ganancia, que con todos los príncipes y soberanos del globo, como que con ella no sólo satisfacían su gusto, sino que hacían su agosto.

* Muestra, recuento que se hacía de la gente de guerra para ver si estaba completo su número.

* Conducta, la comisión que recibía el capitán de enganchar gente, y también el conjunto de los enganchados.

* Debe no confundirse al Comisario General, jefe de elevada graduación á cuyas órdenes estaba la caballería, con el Comisario de Guerra, que es de quien antes he hablado.

* Oigamos á Tirso de Molina en su comedia *La mujer que manda en casa*, cómo pinta en resumen la vida del soldado truhan:

LISARINA.

Pues, ven acá, ¿sabrás ser Soldado tú?

CORIOLIN.

¡Buena estás!
Ya sé tocar las baquetas,
Comerme un horno de bollos,
Hurtar gallinas y pollos,
Vender un par de boletas;
Echar catorce reniegos,
Arrojar treinta porvidas,
Acoger hembras perdidas,
Sacar barato en los juegos;
Y en batallas y rebatos,

Eran estas, ninfas que corrían la briba, bolicheros, cantineros y bodegoneros, que asentaban pacto con el capitán, los primeros de sostener por su cuenta el gari-to y los segundos de avituallar á la compañía, por supuesto bajo la condición de servirle con aquello que de más exquisito tuviesen, y por el precio que les costara, convenio que era moneda corriente entre capitanes y bodegoneros.

Como durante el invierno la tierra de Flandes tiene ingrato y desapacible clima, acogíanse las tropas á las ciudades fuertes, como Bruselas ó Amberes, y entonces eran como las vacantes de la disciplina militar y las dichas ciudades la tela en que salían á justar los ingenios y trazas de aquella juventud alegre y descuidada.

En tal sazón, ya que no los luteranos, dábanles en que entender el amor, el vino y el juego, tres enemigos más temibles seguramente y á quienes aquellos bravos se rendían á discreción, encontrándolos á cada paso; no faltándoles ni niñas que los adormecieran con el hechizo de sus gracias, ni botellas que inflamasen sus travesuras, ni dados, naipes y fulleros que los adelgazasen de bolsas, siendo todos tres purgas que en breve los dejaban tan estenuados de cuerpo y de bolsillo, que si la primavera no viniese luego á poner término á tales pasatiempos, trocándolos por el carcabuz y la pica, muchos no lo contarán por gracia, y aun como de esas dijera muchas los hospitales y la tabla*.

Sólo de este modo podían soportar las penalidades de la campaña, venciendo lo difícil y escabroso de poner una pica en Flandes, olvidando los pesares dejados en España y procurando conquistar gloria ó adquirir bienes de fortuna, cosas ambas no á todos concedidas.

Si por acaso las lograban, ó, lo que era más cierto, desesperanzados de conseguir tan buen recado dejaban la pica, no sin haberla manejado primero con ardimiento, daban la vuelta á España, en donde llevados de la inclinación que sentían á referir proezas militares, estaban siempre con su Flandes, sin caérseles de la boca y refiriendo tal ó cual lance desesperado, del que habían salido por medios tan maravillosos y prodigios de valor tales, que tenían con tamaño boca abierta á los que de buena fé los oían.

Con estos cuentos y con pretensiones que premiasen sus méritos iban á la corte de las Españas, en donde los pretendientes, entonces como ahora, vivían de esperanzas, que como fruta verde nutre poco á quien de ella se alimenta.

*Las gradas de San Felipe**, famoso mentidero de la época, fueron testigos de tanta pretensión inútil y allí se reunían aquellos bravos á sustentar sus ilusiones con las soñadas proezas, y á inquirir y dar noticias, que en tal sitio corrían estupendas.

Allí se vaciaban, para derramarse luego por Madrid hora por hora: allí se contaban con pelos y señales los devaneos del rey, los manejos del conde-duque, y se surraba, de oído en oído, que el audaz Villamediana osaba poner los ojos en la reina, sabe Dios con cuántas esperanzas, y aquellas gradas supieron la muerte del atrevido galán casi tan pronto como el estoque homicida que le atravesó el corazón.

Por eso el cronista-poeta de los escándalos de la corte, el famoso Góngora* les preguntaba:

Quando se toma conmigo,
Enseñar al enemigo
Las suelas de mis zapatos.

ZABULON.

Eso es ser gallina, en suma.

CORIOLIN.

Decís, Zabulon, lo vero.
¿Por qué pensáis que el sombrero
Lleva el soldado de pluma?
Si porqué huyendo despues
Que la batalla se empieza,
Volando con la cabeza
Corre mejor con los piés.
Esta es de gallo, y trabajo
Por darla aquí ensomo estima,
Que como el gallo va encima
Y la gallina debajo,
Soy gallina, en esta empresa.
Que sabré cacarear
Porque al comer y al cenar
Haya gallina en mi mesa.

* Tabla, nombre que entre otros se daba á la casa del juego.

* Todo el mundo sabe que el templo de San Felipe estaba situado á la entrada de la famosa calle Mayor, reunión y pasatiempo de los ociosos, como ahora la Puerta del Sol, á la que estaba inmediato y que ya empezaba entonces á tener fama. A las gradas de San Felipe se daba el significativo nombre de Mentidero.

* Aunque atribuida á Góngora la décima que empieza con estos dos versos, no es caso averiguado que sea del mordáz cordobés; pero de todos modos fué escrita entonces.

Mentidero de Madrid,
Decidnos, ¿quién mató al conde?

Todo curioso encontraba allí pasto abundante á satisfacer su hambre de novedades y las gradas pululaban gente ociosa, sobresaliendo las plumas de mil colores de tanto soldado como allí se juntaba*.

De estos había muchos que, sin haber estado en Flandes y sólo por lo que habían oído referir, se hacían pasar por soldados venidos de aquellos tercios y no eran los que ménos proezas contaban, ateniéndose al refrán que dice: *de lejas tierras luengas mentiras*.

A otros les daba por hacer creer que estaban bien informados de alguna noticia importante que se esperaba, y hasta fingían cartas que á sí propios se dirigían y, yendo á buscarlas á la estafeta, las leían luego con gran misterio á los corrillos de curiosos, que como otras tantas trompas de la fama divulgaban la nueva y ensalzaban la importancia del noticiero, á quien cosas de tanta monta comunicaban los correos.

Ya hemos visto la vida del soldado en Flandes; cómo se organizaba ó levantaba una compañía mandada por su capitán, á quien acompañaba el alférez, que llevaba la bandera, y los sargentos.

En cuanto al traje hemos dicho también que no le usaban uniforme, rivalizando en quién podía presentarse más galán, con trages y plumas de colores, que eran ó mejor simulaban de oro ó plata.

De estas compañías se formaban los tercios de aquella famosísima infantería española, de quien más tarde la prusiana imitó la táctica, que hoy, perfeccionada según los adelantos del día, está haciendo la admiración del mundo. La española, su maestra, fué el asombro de sus enemigos en cuantos campos combatió, y los que han estado siendo teatro de la guerra y los Países Bajos, no son los que ménos pueden hablar de ello, por más que fuese tan costoso poner una pica en Flandes.

JULIO MONREAL.

PENSAMIENTOS. *

I.

A la primavera comparo la divina poesía; son hermosas, son jóvenes, son volubles como toda juventud y como toda hermosura. Ambas se coronan de rosas y ambas también, llevan oculto en su seno el germen de todos los frutos.

II.

¿Conoceis algo peor que ser músico y no haber producido una nota, poeta y no haber modulado el primer canto? Si conozco, y es ser orador y permanecer mudo, ser filósofo y no pensar. Tal sucede en este país desgraciado*, tales son los frutos de una larga opresión, tal los resultados de vivir en la servidumbre: ser hombre y no parecerlo, y lo que es peor, ser hombre y no creer serlo.

III.

Cuando bajo el pórtico de la iglesia veo pasar á la que amo, yo quisiera decirla:

—Quién fuera el agua en que mojas tus dedos, quién el mármol que besas antes de empezar tu oración. Mas cuando levanta sus ojos... ¡ay! yo quisiera ser el dulce rayo que hiere sus pupilas.

* Muchas son las citas de autores contemporáneos que acerca de las famosas gradas podrían hacerse; veamos como muestra los siguientes versos de la comedia de D. Francisco de Rojas, *Si honra no hay amistad* (jornada I).

DON MELCHOR.

....las gradas de aquel templo
Que de los soldados es
El militante colegio,
De Felipe es el que digo,
Que fué muy prudente acuerdo
Que se vengán á Felipe
Los soldados, que es su centro.

También Cervantes dice de este punto lo siguiente, confirmando su fama de lonja de noticias:

Adios de San Felipe el gran paseo
Donde si baja ó sube el turco galgo
Como en gaceta de Venecia leo.

(VIAJE AL PARNASO, cap. II.)

Finalmente, en la comedia de Calderon *Antes que todo es mi dama*, dice D. Félix:

Un mes en Madrid viví,
Siendo estacion de mis pasos
Las gradas de San Felipe,
Y las losas de palacio.

(Jornada I, escena III.)

* De un libro inédito.

* Se alude á ciertas provincias de España.

IV.

A. E. C.

Como el rumor del viento sobre las olas irritadas, como el soplo del céfiro entre los rosales, así tu voz dulce y cadenciosa á veces, terrible y amenazadora otras. Aguila y paloma, leon y cordero, eso eres á un tiempo. Es imposible oírte sin que nuestra alma se conmueva y sin que las carnes se estremezcan, como si las traspasaran invisibles agujas. Yo no sé qué tiene tu palabra que me parece oír un griego bajo los pórticos, en una mañana encendida con el rayo del sol del Atica y al soplo de las brisas del Archipiélago. Deja, ¡oh, grande hombre! que la envidia murmure, que la mediocridad no te comprenda y que ciertas gentes exclamen al oírte:—«Hé ahí un vano ruido;» la memoria de ellos pasará como ellos mismos, y en tanto dure la lengua castellana, durará el recuerdo de tu voz armoniosa y de tu arrebatada elocuencia.

V.

Que los ojos sean azules como el cielo ó negros como el abismo, ¿qué importa cuando no los ilumina el rayo amoroso de la pasión?

VI.

Las flores exhalan sus perfumes, los árboles se engalanan con los nuevos brotes, las brisas pasan ligeras y perfumadas, el mar parece vestirse de alegría, la primavera llena de luz las mañanas, ¡oh, hermosa niña! ¿crees acaso que nuestras almas no florecen también? Tú sueñas: bajo la pálida frente bullen ligeros pensamientos, el olor del campo, lo templado de las brisas, el aroma de las flores, la luz que arrebola el horizonte les dan su tibio calor, su perfume y suavidad. Si á tu lado se sentara aquel en quien piensas, si las acacias dejasen caer sobre las dos cabezas sus ramos olorosos, si las lilas en flor os brindasen con su gruta de ramas ¡ay!... serian aquellas horas de silencio y abandono las más gratas de tu vida, ¡yo te lo aseguro!

VII.

¡Ah! ¡Devolvedme el mar y los ruidos de la playa, como dice el poeta! Que yo vea las olas, que oiga sus rumores y que á mi presencia el sol poniente le ilumine con sus rayos. En estas frías y estériles llanuras castellanas, bajo este cielo igual, orillas de estos ríos amarillentos, cómo no gritar:—Devolvedme mis montañas azules, mis claros ríos, mis cielos serenos y aquellas tardes apacibles, en el valle florido, en las templadas orillas del Océano!

VIII.

A. A.

¡Hija mía! ¡Mi esperanza! ¡Será verdad que el cielo te ha dotado con todos aquellos bienes que mis ojos inquietos adivinan en los tuyos? ¡Será verdad que el alma de tu madre se reprodujo en tí? Me atormentan tanto estos pensamientos, que yo no sé qué



BARCELONA.—CARRER VERMELL.



BARCELONA.—MUELLE DEL PUERTO VIEJO.

decirte. Mas si es verdad que los elegidos han de apurar el cáliz de amargura, baste, hija mía, baste el que tus padres han bebido por tí. ¡Que nunca conozcas el doloroso placer de la inspiración si has de llorar tanto; que tu vida pase tranquila aunque pase ignorada; sé feliz y sé para siempre desconocida!

IX.

Siempre que oigo á un jóven defender el presente, sea éste como fuera, no puedo ménos de exclamar:—«Hé ahí un hombre que no ha sufrido y que puede escoger entre estos dos juicios: ó es un necio ó un malvado.» Por de pronto desconfío de él y me aparto de su lado, y aunque sepa que ha guardado fielmente los tesoros de Crespo, no le confiaría un óbolo. No te importe, sin embargo, el juicio que de tí formo, Tartufo; las personas sensatas y los viejos te harán un sitio, ¡no es eso lo que deseas? y tú te sentarás al lado de la frialdad y de la muerte.

X.

Al pié de una soberbia roca, combatida por los impetuosos vientos de la mar, crecía una flor en la cual no reparaba el viajero. Parecía olvidada de todos y ni siquiera la pequeñuela salvaje que lleva á pastar aquella yerba quemada, la cogía para adornar con ella su cabeza. Sin embargo, el sol la besaba dulcemente, la abeja zumbaba incesante en torno de ella. Esto me hizo pensar, Laurentia, que por oculta que estés, por olvidada que te halles, no te faltará tu rayo de alegría, ni tampoco un amor constante que revolotee á tu alrededor. Así comprendo que no te importe el silencio de la desolada naturaleza que te rodea, ni el olvido en que te tienen los hombres.

XI.

Que la ley del progreso sea para la humanidad, lo que para las Danáides el tonel sin fondo, poco me importa, ¡no por eso le amaré ménos! Lo más noble, lo más puro de los hombres, puso sus manos en la obra de titanes; en ella han usado sus fuerzas las más grandes de las naciones; es el fruto de siglos de martirios, ha nacido de la esperanza, se ha nutrido en la fortaleza. Aquí me tienes ¡oh ley inmutable! aquí me tienes pronto á cumplir en

el momento pasajero de mi vida, el trabajo que me impongas. Yo te amo, amo el presente en que he puesto parte de mi sangre y de mi inteligencia, y no puedo oír blasfemar del pasado, porque él fué el que quebrantó la cabeza de la serpiente. ¡Que tú eres el pasado, como eres el porvenir! por eso cuando oigo á los descreídos de hoy burlarse de nuestra confianza y á los que no ven más que el presente decir, que el pasado debe perecer, siento en el corazón un agudo dolor, pues veo que injurian las cenizas de sus padres y que dudan de sus propios hijos. Las lágrimas llenan mis ojos y exclamo:—«Hombre débil como la hoja,

¿piensas que no has de pasar lo mismo que si no fueras? Séres á quienes enseñaste la ingratitude, se burlarán de tus esfuerzos, ó te dirán que has sido un loco, que nada has hecho cuando soñabas hacerlo todo, y te pedirán severa cuenta de la herencia de progreso que te legaron los que hoy desprecias y que tú desperdiciaste como un insensato.

XII.

En vano es que niegues y me digas que no, pues en tus ojos he leído tu traicion. Créeme: hay en nuestro corazon una voz que nos anuncia tan claramente nuestras desgracias, que es imposible no oirla. Una cosa quisiera que me dijese, como mujer que nada pierde en ello: — ¿desde cuándo me engañas? ¡No me haya sido mi corazon tan infiel como tú!

XIII.

Bajo los álamos frondosos y entre las lilas en flor, oí que un hombre decia á su amada:—Pero, ¡ay! que éstas horas apacibles en nada se parecen á los éxtasis y estremecimientos que se apoderaban de mí sér á tu sola presencia! El día que me abrazaste llorando y me dijiste ¡adios! sentí lo que la palabra humana no puede expresar, un vacío aborrecible, una tristeza desgarradora, unos deseos de llamarte á gritos y ánsia de correr tras de tí. Despues... mucho tiempo he sentido sobre mi cuello la suave presion de tus brazos. Despues... más hénos aquí juntos: es verdad que no te amo ménos que ántes, pero ¿por qué no confesarlo? mi corazon no está contento, le falta algo. Él calló, ella inclinó la cabeza y suspiró; pasaron á mi lado y conocí en sus rostros que ambos pensaban lo mismo.

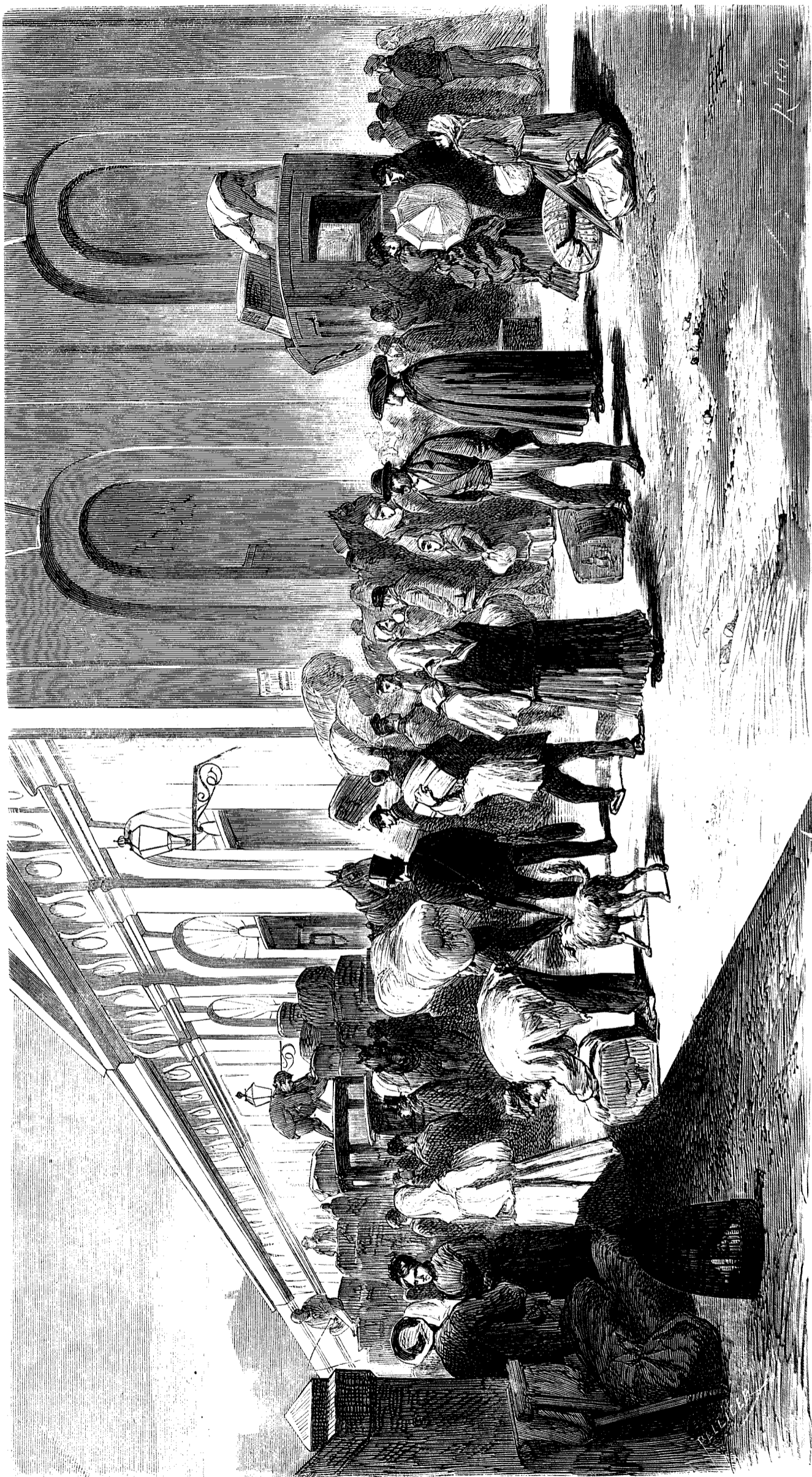
XIV.

En los días de la juventud estas vagas esperanzas que alimento, estos locos sueños á que doy vida, son al corazon lo que el perfume á las flores, lo que el rumor á las ondas gemidoras. Pero ahora que ya la fria vejez ha posado sobre mi cabeza sus manos de hielo, ¿á qué reproducir esos sueños? ¿á qué sentir los incomprensibles estremecimientos? ¿á qué amar la flor y la nube, el torrente y el huracan, la dicha y los ensueños? ¿No está todo esto vedado á la vejez? ¿No es esto amar el dolor y llamar la desgracia? Y sin embargo, yo amo con doble ardor lo que amé en aquellos días bonancibles, amo mi propia perdicion. ¡Oh alma loca! ¡Oh instintos de poeta siempre vivos!

XV.

A. E. P.

He dormido bajo tu techo, mi buen poeta, y oído allí tus



MOVIMIENTO DE LA POBLACION DE BARCELONA AL DECLARARSE LA EPIDEMIA.

canciones armoniosas. Vagando por los poéticos y solitarios lugares en que pasaste tu niñez, comprendí lo agreste y salvaje, pero también lo grandioso de tus conceptos. Yo no sé cómo somos, mi dulce amigo, pues nacidos ambos en aquella comarca en que el artabro valeroso levanta su tienda solitaria, somos ¡ay! bien diversos. Cúpote en suerte la trompa épica, los versos sonoros, algo de lo agreste del Gonton y de lo aspérrimo de los arenales de Traba. A mí, lo dulce, lo suave, lo vago, todo lo que gime, todo lo que vive de la triste esperanza. ¿Cómo es que oímos ámbos el rumor del mismo mar, vimos unas mismas auroras, y sin embargo, somos tan distintos? Pero, no; tenemos un mismo amor, la patria y la dulce poesía, y unidos por el invisible lazo de la raza y de la región á que pertenecemos, somos como dos hermanos que se han repartido gustosos su tarea; tú á cantar en versos inmortales las gentes y los lugares que amamos, yo á recitar con sencillez y á qué negarlo? con aquel entusiasmo que aviva todo relato, las olvidadas hazañas de nuestros mayores. ¿No es verdad que deben envidiarnos los que no alcanzan á tanto?

XVI.

Te he visto bajo el emparrado á la hora en que la luna llegaba á la mitad de su carrera. Murmuraba el mar y brillaban las ondas á la luz del astro nocturno; el cántico monótono del marinero llegaba hasta nosotros y la sombra de los tilos nos ofrecía un asilo en que hablar de nuestras divinas locuras. Todo era silencio, soledad. Aún lo recuerdo; de pie sobre la escalera de mármol en que se estrellaban suavemente las ondas saladas, mientras todas las voces de la noche elevaban en torno nuestro su himno á la pálida diosa, lo recuerdo bien... me abandonaste tu mano y huiste despues sin decirme ¡adiós!

Despues, muchos años habian pasado, mucho habiamos cambiado, tú eras más hermosa, yo ménos feliz. Nos vimos, nos hablamos, pero ni una palabra de aquel divino pasado, ni un eco de aquella armonía! Como si nada nos ligase en el mundo, pasamos uno al lado del otro indiferentes. ¡Ay! ¡Mucho habiamos cambiado! Sin embargo, mi corazón dió su latido: ¿acaso el tuyo pudo permanecer mudo?

XVII.

Cuando pasas á mi lado yo bajo los ojos, y es que no puedo con el peso de tus miradas. No sé qué armoniosos acentos escucho á mi alrededor, no sé qué grato perfume, qué luz suave, qué secreta armonía se exhala de todo tu sér, que yo me encuentro como embriagado en tu presencia.

XVIII.

Muchos te llamarán sol, vida, hermosura, desmayado lirio, frente sellada, ánfora de perfumes; yo nada te diré, sino que has llenado mi corazón. ¡Ah, si tú supieras!... ¡Si supieras cómo la vida es breve, el amor es una cosa ligera y el día en que uno ama no tiene igual en la tierra! ¡Si supieras que un momento de felicidad, no por pasajero es ménos querido, y que, al igual del rayo de sol, calienta y pasa para volver á aparecer en el horizonte y llenar de nuevo con su dulce calor nuestras almas!

M. MURGUIA.

LOS SÁBIOS.

Cada vez que leo un periódico de noticias, las carnes me tiemblan: esto no deja de ser extraño en mí, que he observado á la prensa durante algun tiempo y nada debería asustarme en los periódicos.

Y sin embargo, confieso que leo con terror *La Correspondencia*; no porque me impresionen los crímenes espantosos, las desgracias lamentables ó las sentidas muertes que anuncia al público con la fórmula de costumbre, ni porque me entristezca el tipo de las cotizaciones, que ántes al contrario me parece el tipo griego, sino por razones de mayor trascendencia.

Ello es que paso temblando de un suelto á otro, y al volar de noticia en noticia temo encontrar un áspid entre las flores del estilo, y mi vista reposa dulcemente en la descripción de un banquete, en el chispeante diálogo

de una sesión nocturna, en la apoteosis de un medicamento ó en el elogio de un administrador de loterías.

No es mi temor infundado, como el que se tiene á las brujas y á los duendes, á los tiranos, á la opinión pública y tantas entidades creadas para amedrentar á los niños y los hombres. Es un miedo natural y razonable, como el que inspiran las sociedades de crédito, el estuche del cirujano, el vencimiento de un pagaré, una obra nueva de Larra, los negros y juguetones ojos de la mujer ajena, la carabina en manos de un pacífico portero, el juicio final y un día de elecciones.

Tiemblo, y con razón, de hallar de un instante á otro la noticia de algunas invenciones que presiento hace años, y segun mis cálculos se retardan. Estamos en la época de los descubrimientos: el mecánico en su taller, el químico en su laboratorio, el médico en las clínicas, el naturalista tendido sobre la yerba, el geólogo viviendo como las víboras y el astrónomo elevándose á los espacios, espian con terquedad á la madre naturaleza para sorprender sus secretos. No es posible que el misterio continúe con semejante policía: el hombre se ha empeñado en saberlo todo, y la curiosidad del sábio no admite dilaciones. Yo conozco un geólogo que ha vendido su capa por estudiar las capas de la tierra, y sé de un astrónomo, que para no apartar su atención de las estrellas, sólo se alimenta de huevos estrellados.

Desde que la imprudencia de una manzana reveló á Newton la ley de la gravitación, es lícito recelar que nada será un misterio para la ciencia, dentro de algunos siglos. El vuelo de una mosca, la sombra que marcha alrededor de nuestro cuerpo dibujando su caricatura, la chispa que salta desde el brasero á nuestros ojos, la grieta que se abre en la pared como una boca que quiere decir algo, el humo que invade nuestro pulmón y nos obliga á llorar para que le abramos la ventana, la flor, la piedra y el ave, con su perfume, su inmovilidad ó su aleteo, son otros tantos peligros para el incógnito de la naturaleza. El astro confiado en la distancia que le separa de la tierra, no se oculta á las miradas del sábio, que detras del catalejo observa sus movimientos, calcula su densidad, y mide su cuerpo con tal exactitud, que si hubiera tela suficiente, podría hacerle un gaban sin una arruga.

Fama de avaro dieron al mar los poetas, porque conservaba en sus profundidades los tesoros que le confiaba la ligereza de los hombres; sin embargo, los hombres le robaban anualmente mayores sumas en perlas y coral y plantas medicinales, y le arrebatában sal, pescados y mariscos; desde el humilde boqueron á la corpulenta ballena, todos los habitantes de las aguas sufrían la inicua ley del arpon y de las redes, y los hombres se lamentaban amargamente de que el tiburón acechase con gula sus embarcaciones, para vengar á un pueblo perseguido; la injusticia humana, abrogándose el derecho de saborear el atun en escabeche y el lenguado frito, quiso negar al tiburón el de tragarse crudo á un marinero. La ciencia observó al mar durante muchos años, surtió de aparatos á los buzos y le exigió los depósitos que una posesión de muchos siglos habian hecho suyos. No satisfecha aún, ensartó el mar con los cables, y á no ser porque el gobierno español, enemigo de lo injusto, cortó á Monturiol si no las alas al ménos las aletas, el hombre hubiera bogado ya por debajo de las aguas, haciendo la vida del salmon y predicando la democracia á los atunes.

El sábio contempló las piedras, y agradóle esa impasibilidad con que presencian el movimiento general de los cuerpos, sin importárseles del sol ni de las lluvias, ni sacudirse el polvo, y despreciando al jaramago que las cubre de harapos amarillos. Y dijo el sábio con malicia: «Por algo os estáis quietas y no dais signo de vida»: y en efecto, trituró sus duros cuerpos, y encendiendo hornos extrajo de su vientre un tesoro de metales. La lucha moral entre la piedra y el sábio fué favorable al último, lo cual sólo se explica admitiendo que los sábios pueden tener la cabeza más dura que las piedras.

Inútil fué que los árboles y las plantas, para aplacar á la ciencia y sobornar á los hombres, ofreciesen un tributo anual de frutos y de flores: las ramas fueron desgajadas, los troncos mutilados, y hubo bosque cuyos árboles parecieron un batallón de inválidos en orden de batalla. El médico examinó las plantas, y despues de cocidas se las dió á probar á sus amigos: hay motivos para presumir que los primeros sacerdotes de Esculapio administraron á sus enfermos la cicuta en grandes dosis, hasta que se convencieron de que era más apropiado para los reos condenados á muerte: otras yerbas medicinales perdieron su prestigio para convertirse en humildes ensaladas.

Pero nació la química, que armada de poderosos apa-

ratos asombró á la humanidad con sus descubrimientos, y extrajo azúcar de la remolacha y alcohol del esparto, é hizo papel del cuerpo humano, papel triste por cierto para el rey de la creación: el hombre, al saber que era un compuesto de gases, quiso elevarse mucho, y se concedió los derechos individuales. Y entónces los inventos se multiplicaron: todo fué analizado: la sangre, el árbol, los metales, la autoridad, la fé y hasta el alma sufrió un análisis espectral en el mundo de los sábios. El espectro dejó de ser un recurso para las tragedias inglesas, y constituyó el gran recurso de la ciencia. El libro y el periódico se apoderaron de la sabiduría distribuyéndola por todos los cerebros: los hombres adquirieron el don de adivinar, y se habló del porvenir con la misma seguridad que del presente. Cada día, cada minuto, fué un motivo de júbilo para la sábia humanidad: se atropellaron los descubrimientos: la fotografía; el pensamiento en las cabezas de ajusticiados; el petróleo; la cuestión romana; el velocípedo; el extracto de carne y las condecoraciones luminosas.

Todo lo admiro y respeto: la fotografía, que enfilando con sus máquinas una calle para sacar la copia de un monumento, eterniza las facciones del honrado transeunte, que enemigo de la publicidad, ve su rostro reproducido en todos los periódicos ilustrados. La taquigrafía, que recoge y guarda las palabras dichas sin conciencia en un momento de arrebató. El velocípedo, que dá al jóven elegante el perfil y le hace imitar las zancadas de la araña. El periódico, que consigna en su álbum diario las improvisaciones de un escritor mal mantenido. El café, establecimiento europeo que equivale á los fumaderos de ópio entre los chinos. Todo lo admiro y lo respeto.

Lo que temo, lo que me tiene intranquilo y me hace leer con recelo *La Correspondencia*, en cuyo periódico veo diariamente pasar una procesion de hombres eminentes, es que, habiendo llegado el género humano á tal altura, está cerca la hora de dos descubrimientos importantes.

Primero: el aparato de auscultación íntima, en que por medio del fluido y dos alambres colocados sobre el corazón y el cerebro, y que han de comunicarse con la pila eléctrica, queden grabados sobre una plancha los pensamientos más ocultos y los sentimientos más disimulados.

Colocad este formidable aparato en manos de un juez de primera instancia ó de un marido: aplicadle á un diputado en el acto de las elecciones: prestádele á un amante para que averigüe si son verdad los juramentos de su dama, y provéase de la máquina cada diplomático para asistir á las conferencias de la política sublime.

¿Cuánta necedad apareceria sobre la plancha al examinar á los hombres eminentes: cuánto miedo se podría extraer de los corazones tenidos por bizarros: cuánta ambición de los políticos más desinteresados: cuánto mal pensamiento bajo las frentes más serenas! ¡Oh, qué descubrimientos tan curiosos!

Pero figuraos que leemos un día en *La Correspondencia* este anuncio aún más terrible:

Se ha descubierto EL ELIXIR DE LA VIDA.

Entónces sí que se mesarán las barbas, el heredero en vísperas de disfrutar una fortuna, el militar facultativo que espera los ascensos por escala, el yerno mal avenido con su suegra y el agraviado que ya no puede lavar su honor con la muerte del que le ha ofendido.

Será eterno el matrimonio: los testamentos archivados por los siglos de los siglos: no se acabarán jamás las pensiones vitalicias: los seguros en caso de muerte serán nulos: quebrarán las empresas de carruajes fúnebres: los condenados á cadena perpétua pedirán que se les commute su pena por el purgatorio, que se considerará como inmediata, y los cementerios quedarán secularizados.

Los que tenían un pié en el sepulcro podrán retirarle sin obstáculo: los jubilados se reirán de los que se hallen en activo servicio: el paralítico habrá de resignarse al papel eterno de estatua: se prohibirá el matrimonio para evitar aglomeraciones, y las doncellas suspirarán por haber nacido tarde.

Caerá la pistola de las manos del suicida. El que se habia propuesto pasar la vida en un rincón, criará telas de araña. Los hermanos de la Paz y Caridad no tendrán en qué ocuparse, y los cuervos se morirán de hambre sobre los campos de batalla.

Las viudas no podrán reunirse con sus esposos en la otra vida, y los ataudes de oro y seda que hoy se estilan servirán para hacer cajas de confites. Suprimida la muerte, los médicos perderán su clientela.

¡Qué trastorno para el mundo! ¡Qué sucesos políti-

cos! ¡Qué... pero... no debo aquí mezclarme en la política, y por lo tanto no refiero lo que sería, aplicado á un mal gobierno, el elixir de la vida.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

EL REY CAUDALE.

CUENTO GRECO-LATINO

POR

D. SANTIAGO DE LINIERS.

El hábito no hace al monje, y el nombre no tiene á veces nada de comun con la cosa. Suplico al lector que se haga á sí mismo estas profundas reflexiones ántes de juzgar mi cuento por su título.

Bajo mi palabra le aseguro, que no soy un escritor forrado en letras latinas y pletórico de erudicion clásica; que no voy á servirle aderezado á la moderna un cuento de *Apuleyo* ó un enmarañado capítulo del *Alexandra*; mas si mi palabra de hombre honrado no le basta para tranquilizar su ánimo, considere, le ruego, mi condicion de novelista español, de la que cualquier cosa cabe sospechar ménos pujos de historiador culto y conatos de narrador clásico.

Libre, con esto, de sus malos pensamientos, podrá, si quiere, aventurarse en la lectura de estas páginas.

I.

MI HÉROE.

Tuve yo un amigo (el por qué de no tenerle hoy lo hallará el lector al finalizar esta historia), á cuyo nacimiento presidió, sin duda, la constelacion de *Géminis*.

Fué gemelo durante algunas horas, y muerto aquel primer compañero suyo, quedó su alma dotada de una tan singular fuerza simpática, que durante toda su vida tomó por hermano gemelo á cuanto amigo le deparaba su fortuna.

Se llamaba Juan Contreras, porque nació el día de San Juan, y de padres á hijos y hasta donde se extendian las ramas de su árbol genealógico, sus antepasados se habian llamado Contreras; con una singularidad no ménos notable, que todos (no al mismo tiempo sino sucesivamente) habian sido regidores perpétuos de la ciudad de Andújar, miéntras duró la perpetuidad de estos utilísimos oficios de la república.

Pero á mi amigo lo mismo le aprovechaba llamarse Juan y descender por línea de razon de los Contreras, regidores perpétuos de la ciudad de Andújar, que si le hubieran dado por fundador de su prosapia á D. Enrique IV de este nombre, porque sólo las personas de su intimidad conocian su verdadero nombre, y áun conociéndole, casi ninguno le empleaba para distinguirlo de los demas (uso á que por lo comun suelen destinarse los nombres), si no que, por el contrario, le confundia con los demas para distinguirlo de sí mismo, porque la especialidad de mi amigo consistia en andar siempre revuelto y confundido con todos nosotros.

Fuera de alguna circunstancia solemne, y las más de las veces costosa, su nombre no le servia para nada: la gente siempre le llamaba el amigo de Fulano, y cuando le convidaban á un baile—y le convidaban muchas veces porque era gran bailarín—la señora de la casa, dirigiéndose de viva voz ó por escrito á cualquiera de nosotros, nos decia invariablemente con la sonrisa más amable de su repertorio ó con el rasgó más gracioso de su caligrafía: no dejen Vds. de traer á su amigo, que nunca me acuerdo como se llama.

—Contreras, señora, Contreras, respondíamos nosotros, que á toda costa queríamos hacer constar la personalidad de nuestro amigo innominado.

—¡Ah! sí, es verdad, respondia tambien invariablemente la señora de la casa; es mucha cabeza la mia; lo cual no obstaba para que al volver á abrir sus salones nos hiciese el mismo encargo acompañado de la misma pregunta, que naturalmente exigia de nosotros la misma respuesta. Fuerza me es confesar, sin embargo, que no era toda la culpa de la estudiada indiferencia con que el mundo trata siempre á personajes tan inofensivos como mi desventurado amigo, ni de la increíble falta de memoria de las señoras que abren sus salones; no poca le cabia tambien á él mismo, y si alguna vez se le hubiera ocurrido quejarse (ocurrencia que nunca recuerdo tuviese) se le podía haber hecho responsable de parte, ya que no de todo lo que le sucedia, mejor diré de lo

que no le sucedia, porque otra de las singularidades de mi pobre amigo era que nunca le sucedia cosa alguna.

Cualquiera, por muy ligado que esté con sus amigos, tiene alguna idea, alguna ocupacion, algun placer que se reserva para sí propio sin dar participacion en él á los demas; cualquiera, por estrechos que sean los vínculos que le unan con algunos de sus semejantes, rompe con la colectividad de vez en cuando, y dice con ese aire de satisfaccion que siempre acompaña á las situaciones, á las ideas, ó á los afectos singulares: *yo*.

Cualquiera, por pobre que sea, material ó espiritualmente, por desheredado que se encuentre de ideas, de sentimientos y áun del pan de cada día, dice alguna vez recogiendo el olvidado mendrugo de una mesa de café, ó reviviendo la mortecina chispa de una pasion miserable, ó recalentando al pobre fuego de su fantasia la pobre idea que ha cogido al vuelo á otra inteligencia un poco ménos pobre que la suya: "Esto es mio."

Más pobre que todos estos pobres, mi pobre amigo nunca tuvo bastante aliento para decir *yo* una vez tan sólo: nunca se atrevió á marcar con ese sello de apropiacion que indica la palabra *mio*, ninguna idea, ningun sentimiento, ningun objeto.

Vamos, pensamos, nos divertimos, tenemos, queremos, eran sus palabras más usuales, y no habia medio de meterle en la cabeza que debia ir y venir, pensar y soñar, divertirse ó aburrirse, tener ó gastar, querer ó aborrecer por su propia cuenta. ¡Jamás pudimos hacérselo entender! ¡Pobre amigo mio!

Por lo demas, el muchacho más excelente que puede imaginarse: servicial, cariñoso, inteligente y hasta activo; parece imposible, pero era la actividad misma; con tal que cualquiera de nosotros le acompañase é hiciera como que le guiaba y aconsejaba, era capaz de andar todo Madrid para activar un expediente, hacer una recomendacion ó buscar billetes para una funcion de empeño: eso sí, en dejándole sólo, hombre al agua; se encerraba en su casa, se tumbaba en un sofá y era capaz de estarse durmiendo cuarenta y ocho horas seguidas; en abandonándole era como un reloj que le falta la cuerda, no se estropeaba, ni se rompía, ni nada... sólomente que se estaba parado hasta que al otro día se volvía á dársela.

Y nada tonto, y esto es lo más singular de su singularísimo carácter; racionaba y discurría perfectamente; por poco que se le pusiese en vereda hablaba con facilidad sobre cualquier asunto y nunca le faltaban ideas nuevas, ni frases adecuadas con que revestirlas, sólomente que siempre tenia la costumbre de atribuir todos sus pensamientos, todos sus juicios y hasta sus mismas palabras á cualquiera de nosotros.

—Sobre esto, decia, lo que tú dijiste el otro día: y encajaba una teoría de su invencion.

—¡Pero, hombre! ¡Si yo nunca he dicho tal cosa! solíamos responderle.

—¡Bah! no digais tonterías, replicaba sonriendo, con un aire algo simple (otra singularidad de mi pobre amigo). ¡Qué ganas tenéis de burlaros de la gente! Y se echaba á reir como si le pareciese una cosa sumamente cómica que creyéramos que él era capaz de sacar alguna cosa de su cabeza.

Su bello ideal era que fundásemos un periódico en que escribiéramos todos, con las mismas ideas y acerca de lo mismo.

—Muchas veces os he oido esa idea, decia, y no sé por qué diablos nunca nos decidimos á realizarla.

No habia quien le metiera en la cabeza que esta idea era disparatada, que no teniendo *todos* la misma opinion, ni el mismo talento, á nadie más que á él se le habia ocurrido proponerla; pero ello era que siempre habíamos de ser editores responsables de sus ideas.

II.

NUESTROS TIEMPOS.

Entre todos sus amigos, era yo tal vez el que más vivo afecto le profesaba; pero Juan compartia por igual el suyo entre todos nosotros, porque para él era indivisible este entrañable y único afecto llamado *LOS AMIGOS*.

Ya no recuerdo quiénes éramos los que en aquellos buenos tiempos andábamos siempre reunidos; y sin embargo, se me representa aquella edad á través de la pesada atmósfera en que ahora vivo, con colores tan esplendentes que me compensa su recuerdo la tristeza de encontrarme en el camino de la vida á algunas jornadas de mi primer relevo.

Figuras serias y graves, rígidas y severas fisonomías, en vano os pavoneais orgullosas entre la multitud que no os conoce, y entre vuestros clientes que os respetan.

Tú, la más respetable de todas, la que, colocada sobre el fiel de la balanza de Temis, proteges á la sociedad y á

la familia, aún te recuerdo sobornando á un sereno representante nocturno de la ley que al medio día custodias, ó acompañando á la compra á una criada, ó persiguiendo á una modista.

¡Qué argumento para ese abogadillo vivaracho que en este momento dirige á tu severo continente este apóstrofe oratorio!

"¡Ah, Excmo. Sr., V. E. no conoce sin duda el duro yugo de las pasiones!"

Y vosotros, el militar y el sacerdote, el funcionario público y el padre de familia, el literato y el político, ¿en qué rincón habeis arrojado la careta que en nuestros tiempos gastábais, y de dónde habeis sacado esas fisonomías con las que apénas os reconozco?

Pero al ménos no habeis arrojado más que las caretas, ¿no es cierto? No se encontrarán por los rincones de vuestras conciencias más que aquellas alegres máscaras con sus alegres ojos, su boca sonriente y limpia, su frente de arrugas enfadosas, de ceños suspicaces; al ménos conservareis vuestras creencias, guardareis aún preciosamente vuestros principios, y no habeis renegado de vuestros propósitos, ó al ménos, si habeis renegado de lo que ayer era vuestra esperanza, si combatís hoy lo que entónces adorábais, lo hareis prudentemente, sin calor atrevido, sin loco entusiasmo, guiados tan sólo por la sana razon que entónces ¡oh infelices! no teniais.

Entónces empezábais vuestro camino, y hoy habeis llegado á la region en que terminará vuestro viaje. Fueron inciertos vuestros primeros pasos, y hoy ya posais la planta en terreno firme.

¡Pero por qué volveis atrás la vista?

¡Qué encanto irresistible posee aquella nuestra primera edad que así nos distrae á cada nuevo paso que damos en la vida?

Tenemos el poder, tenemos la gloria; la fortuna ó el amor nos llenan la copa; poseemos lo que soñamos, é incesantemente suspiramos por la edad de nuestros ensueños. Vivimos, poseemos, gozamos, y sin embargo, este tiempo que nos pertenece no es nuestro; *nuestro tiempo* es aquel otro en que lo anhelábamos, en que lo creíamos, en que lo esperábamos todo.

Si la vejez no tuviera remordimientos seria una segunda juventud; tambien en esa edad se cree y se espera; pero los años confunden las distancias, la memoria aviva los recuerdos, y la vejez arrepentida de la vida sólo tiene memoria para los sucesos de sus primeros años.

No habrá un viejo que no os hable de sus tiempos como de la edad de oro; no habrá un viejo que no os pinte entusiastas, generosos y honrados sus buenos tiempos.

Y no mienten los viejos. Descontando de la vida la vida misma, todos los tiempos son igualmente buenos, y á la vejez se vé mal lo que está cerca de los ojos y sólo se distinguen los objetos á larga distancia.

Todos podemos, pues, hablar de nuestros tiempos. Basta cerrar los ojos, olvidarse de lo que se hace, y pensar lo que se imaginaba hacer: el que no esté seguro de su conciencia, que no abra su espíritu á semejantes imaginaciones.

En mis tiempos, todos vivíamos alegres: aún recuerdo aquellas horas dulcemente trascurridas en que media docena de muchachos invadian mi cuarto, acomodándose el uno en el borde de mi cama, haciendo el otro peligrosos equilibrios en una silla de tiempo de mi abuela, tumbándose el más sibarita en mi divan de tela de Persia, miéntras el más grave presidia la sesion sentado en cuclillas sobre un venerable sillon de baqueta esculpido con irreverenciosos bajos relieves que representaban, en caricatura, á nuestros catedráticos y bedeles.

Aun recuerdo el murmullo de aquellas interminables conversaciones, aunque he olvidado cómo empezaban y concluian, tal vez porque entre chistes gracejos, gritos y careajadas, nunca tenian ni principio ni fin. Pero era nuestra charla siempre nueva, aunque los asuntos fueran viejos, y algo que, sin duda, ha desaparecido en nuestros corazones, daba interés á aquel relato de aventuras de todos conocidas, y á aquellos proyectos de diversiones por todos disfrutadas.

En mi tiempo no habia envidias entre nosotros. Aplaudia el que se creia poeta al que se creia político, ó mejor dicho, nadie se aplaudia, cada uno apreciaba á sus compañeros tanto como á sí mismo, y *nosotros* nos contentábamos buenamente y nos repartíamos con religiosidad la gloria que á cualquiera de nosotros le tocaba.

En mi tiempo, todos éramos ambiciosos. Ninguno creia que su talento habia de ser inútil á sus semejantes; éste pensaba levantar su espíritu, aquel sanar sus dolencias, el otro darle leyes, y no faltaba entre nosotros quien pensara suprimirlas todas.

En mis tiempos... ¿no es verdad que bien puedo exclamar al ver cuán diferentes de ellos son los actuales, ¡eran muchos tiempos aquellos!

¡Cosas de chiquillos! — dirán los hombres graves — ¿Qué le importaban á la sociedad los locos proyectos ni los deseos que tenían de servirla media docena de oscuros muchachos, sentado el uno en el borde de la cama, recostado en un divan el otro y acurrucado el más formal en un sillón del tiempo del rey Wamba?

Cosas de chiquillos, es claro, y así es que la sociedad sin hacer maldito el caso de nuestros propósitos, nos fué cogiendo uno á uno y desperdigándonos en sus diferentes y multiplicadas dependencias.

Al poeta le hizo estadista; al economista magistrado; al músico diplomático; al filántropo médico y al libelista autor dramático.

Sólo á Juan Contreras le dejó en Juan Contreras para toda su vida, y esta fué su desgracia, como me propongo demostrar en el curso de esta verídica relación.

III.

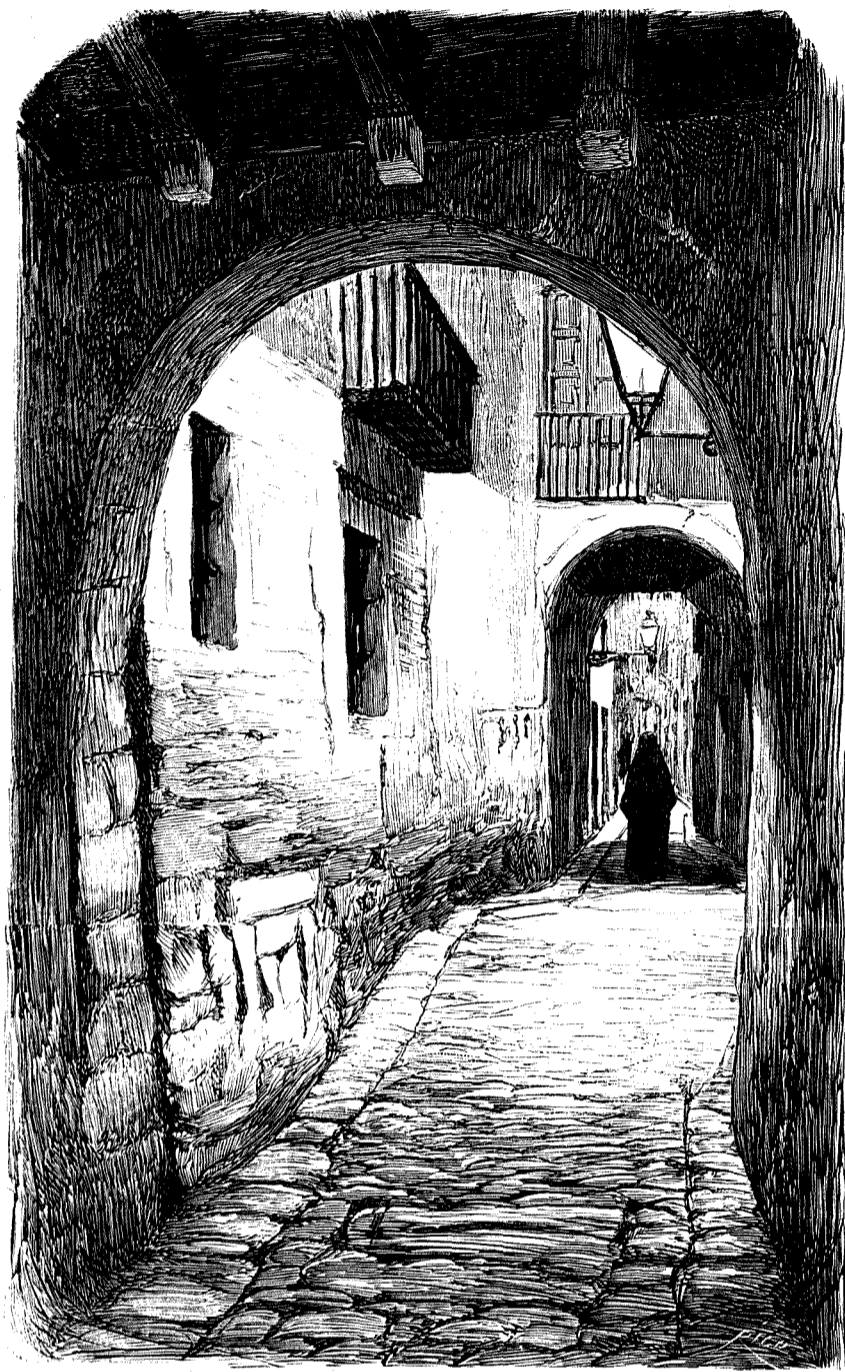
UN POCO DE FILOSOFÍA.

Porque según os dirá el discípulo ménos aventajado de Sanz del Río, ó el redactor ménos sabio del *Universal*, el hombre tiene varios fines que realizar en la vida y estos fines son múltiples, como son múltiples sus facultades, y el que se obstina en no realizar más que uno sólo, falta á las leyes de su... y á la armonía de la... creo que se me han olvidado los términos; pero no dudeis que falta á alguna cosa, y la prueba de ello está en que Juan Contreras, *distraído de sí mismo* (sigo explicándome en alemán por su existencia exclusivamente objetiva (ni yo mismo me entiendo).

No se hizo hombre político, cómoda profesion que se reduce á matricularse en un grupo de personas notables, á acompañarlas á paseo, parándose cuando se paran, avivando el paso cuando le avivan, y comiendo pastillos cuando los comen; y á hablar poco, sonreír mucho y aprobar todo lo que las susodichas notabilidades digan ó intenten decir, cuidando siempre de no tener más talento que ellas, ni hablar en términos más claros.

No se hizo juez ni magistrado, magnífica carrera para hombres que discurren poco por su cuenta y andan escasos de pareceres, de ideas y de aficiones, pues si el escribano no les apunta por lo bajo, el abogado les voceca, el fiscal les regaña, el interesado les recomienda, el procurador les apremia, el relator les lee y el portero les despierta de su acostumbrado letargo.

No se hizo militar, oficio el más á propósito para



BARCELONA.—CARRER CREMAT.



BARCELONA.—CAMPAMENTO DEL BATALLON CAZADORES DE CIUDAD-RODRIGO EN LA MONTAÑA DEL COLL.

su carácter, pues en él siempre hubiera pensado, comido, paseado, sentido y hablado á toque de tambor ó de corneta, en el que se hubiera entusiasmado por una orden del capitán general, batido por una comunicacion del ministro de la Guerra, y pronunciado por un aviso del coronel, que á su vez le habria recibido de otro capitán general ó ministro del ramo en situacion de reemplazo y con deseos de reemplazar á todo el mundo lo más pronto posible. Y como es casi, ¡qué digo casi! del todo seguro que mi infeliz amigo nunca hubiera llegado á ministro de la Guerra, ni á capitán general de ninguna parte, vean Vds. cómo podía haber seguido viviendo en en el ejército tan Juan Contreras como siempre habia acostumbrado á vivir.

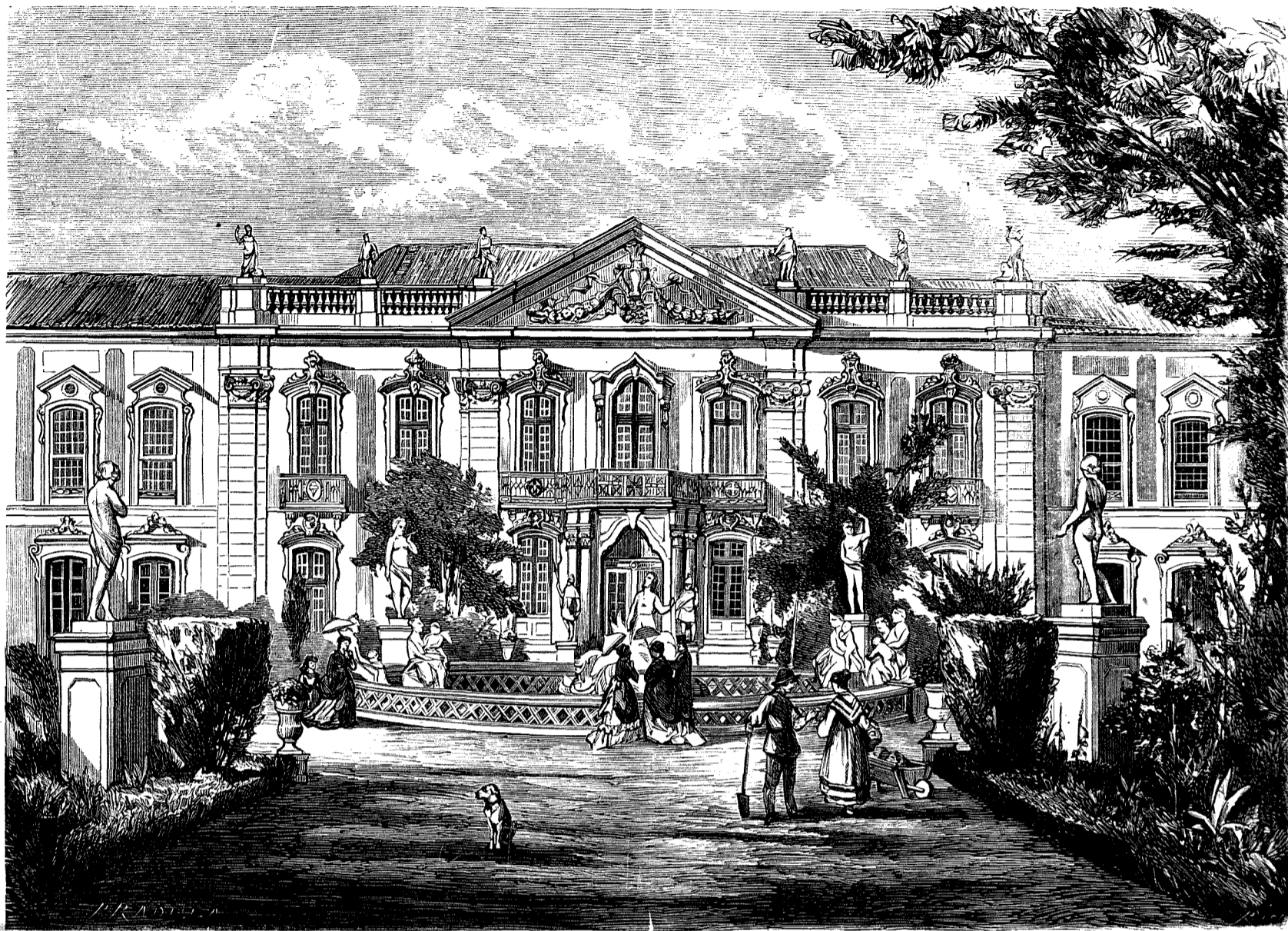
No; no se hizo hombre político, ni hombre de ley, ni hombre de guerra; no se hizo nada; no se matriculó en ningun colegio; no se inscribió en ninguna pandilla, no entró en ninguna lógia; no vistió ninguna librea: se limitó á ser un hombre libre é independiente, y esto es precisamente para lo que mi amigo no servia.

Nuestra pandilla fué reduciéndose poco á poco y á medida que pasaba el tiempo y sobrevenian los sucesos que para todos ménos para hombres como Juan Contreras suele traer consigo, la mesa del café donde acostumbrábamos á reunirnos se iba quedando huérfana de la bulliciosa tertulia, que en tiempos más felices la rodeaba con una triple hilera de banquetas.

Cada mudanza de ministerio, cada nueva eleccion de diputados, cada crisis parcial y hasta cada votacion importante nos robaba un amigo, no para ser ministro, ni presidente de ninguna cámara, ni gobernador civil, ni diputado, sino porque siendo todos pequeños anillos de la gran cadena social ó ruedecillas de engranaje del gran mecanismo político-administrativo, no era fácil que la cadena se moviese ó se quebrase, ni las ruedas madres giraran sin que ellos participasen de su quietud ó movimiento, siquiera

en la mínima parte que á cada uno le correspondia en la maquinaria social.

Y cada vez que la noticia de un nombramiento, una traslacion, ó una cesantia, alegraba ó afligia á cualquiera de nosotros, ávidos de lanzarnos á la vida por la única puerta que en nuestro aventurado país es practicable, cada vez que celebrábamos con una modesta comida de á 12 rs. en casa de Perona, la suerte de aquel afortunado compañero que habia recibido de manos del diputado por su distrito, ó del amigo del ministro, el sabroso papel en que la nacion le declaraba por hijo adoptivo, y le señalaba una pension más ó ménos cobrable de los fondos ge-



LISBOA EN 1870.—PALACIO DE BELEM.

nerales ó provinciales, y cuando saturado nuestro contentadizo estómago, satisfecho y hasta aturdido con los olorosos vapores de las elegantes croquetas, la rechoncha albondiguilla, el acuchillado besugo y el esbelto pollo en actitud de defenderse con sus afiladas patas de cualquier extravío de nuestra sencilla voracidad; cuando excitados por todos estos exquisitos manjares, levantábamos las copas llenas de ese licor incomprendible que una disculpable idea de ambición territorial ha bautizado con el nombre de Medoc Riojano, prorumpiendo en entusiastas vítores y sinceras felicitaciones al nuevo promotor fiscal de Belorado ó al oficial tercero de la contaduría de Cuenca, ó al registrador de Talavera, ó al catedrático supernumerario de la universidad de Santiago, que sin manifestarse orgulloso de su nueva posición seguía tratándonos como á iguales suyos, y hasta tenía la condescendencia de despedirse de nosotros con una comida en casa de Perona, entonces, sí, entonces había que ver al pobre Juan condolerse de su suerte, que le separaba de tan buen amigo, y al mismo tiempo felicitarle calurosamente, y pronosticarle que iba á dejar pasmada con su elocuencia, con su instinto administrativo, con su talento clasificador ó con sus vastos conocimientos á la Audiencia, al consejo provincial ó á la Universidad; había que verle, haciéndole repetir con los más minuciosos detalles las palabras que cambió con el ministro, con el subsecretario, ó con el director en su visita de despedida, y abrazarle contra su pecho, y reír, y llorar, y pedirle perdón de sus lágrimas, y de sus risas, y concluir por suplicarnos que no nos burláramos de él porque daba tanta importancia á lo que en sí no la tenía. ¡Pobre Juan! Yo fui de los últimos que me quedé en Madrid, y recuerdo con cuánta efusión me suplicaba que no le abandonase, con qué ingeniosa y cándida buena fé quería demostrarme que mi porvenir exigía imperiosamente que no me apartara de su lado, continuando en su compañía la evaporada y holgazana vida que constituía su única diversion y solaz.

¡Pobre Juan! A mí también me llegó el turno de abandonarte.

Un ventajoso ascenso en mi carrera me obligó á pasar

á Ultramar; allí permanecí seis años, y á mi vuelta supe, no sin asombro, que durante este tiempo se había verificado en su vida, hasta entonces plácida y serena, un acontecimiento que hace mudar muchos caracteres é influye notablemente en las naturalezas más apegadas á sus hábitos.

(Se continuará.)

MARRUECOS.

ARTICULO VI.

El tesoro de un bajá.—Apellidos moros y hebreos.—D. Sebastian de Portugal.—La batalla de Alcazarquivir.—El río de los Apestados.

I.

La propensión que tienen los moros á reunir dinero y á enterrarlo luego en parajes ocultos, es causa de que muchas veces se encuentren grandes tesoros, y que queden otros enteramente perdidos para la familia del que los ha enterrado, el cual muere con la confianza de encontrarlos centuplicados en el otro mundo.

En Mogador hace algunos años que un anciano bajá, poderoso en extremo y muy avaro, comisionó á un negociante inglés, amigo suyo, para que le cambiase en onzas de oro españolas una suma considerable de *bontiqués* *.

Cuando tuvo en su poder las onzas, se fué en compañía de un esclavo negro de toda su confianza á una gran huerta que poseía cerca de la ciudad, y una vez allí, después de tomar infinitas precauciones, enterró su amado tesoro en un lugar tan oculto, que, andando el tiempo, no se pudo dar con él.

Dos días empleó en esta operación el anciano, y á pesar de que el negro merecía, como llevamos dicho, toda su confianza, determinó asesinarlo como medida de precaución.

* Pequeña moneda de oro, de un valor de dos reales.

Efectivamente: el cadáver del pobre esclavo apareció cosido á puñaladas en un bosque inmediato á la posesión del bajá, y éste no se ocupó ni un sólo instante de su servidor, ni nadie se atrevió á hablarle de él aun cuando no se ignoraba que le había dado muerte.

Un esclavo en Berbería es ménos apreciado que un perro, y un bajá ejerce el gobierno más tiránico y despótico que puede imaginarse, en las poblaciones de su mando.

Trascurrido algun tiempo murió el asesino, y sus herederos, que á no dudarlo aguardaban aquel instante con ansiedad, se dedicaron afanosamente á buscar el tesoro.

Peró su diligencia no dió el resultado apetecido. En vano removieron toda la tierra de la huerta hasta una respetable profundidad; en vano derribaron las tapias y parte de la muralla que rodeaba una pequeña casa también de la propiedad del difunto, pues las onzas no aparecieron.

Entonces, con esa fiebre que experimentan los buscadores de oro, llevaron más allá sus pesquisas; y la pequeña casa fué registrada hasta sus cimientos, y registrados asimismo los alrededores de ella, aunque también inútilmente.

El tesoro estaba perdido; perdido quizá para siempre.

El anciano avaro lo había guardado tan bien, que sus herederos, enteramente desalentados, después de convertir en ruinas la casita de campo, tuvieron que contentarse con el resto de la herencia, entre la cual se contaban unos documentos de propiedad de tres casas, que sus antecesores poseyeran en Granada en tiempo de los Reyes Católicos.

Dios sabe los años que el escondido rincón de tierra elegido por el bajá guardará su secreto, ó si el dinero ha de permanecer siempre encerrado en él hasta la consumación de los siglos.

II.

Al conocer entre los moros algunos que llevaban el apellido de Vargas y Rodriguez, y judíos que tenían el de Soto y Perez, nos hemos acordado de las informacio-

nes de *limpieza de sangre*, que aún hace pocos años tenían lugar en España para ingresar en ciertas carreras.

Durante los muchos siglos que los árabes dominaron á nuestra patria, el odio de razas y la diferencia de religiones no fueron bastantes á evitar frecuentes enlaces entre judíos, moros y cristianos.

El amor lo allanaba todo; y cuando la gigantesca lucha comenzada en Covadonga por el invicto D. Pelayo y terminada felizmente en la rica y poética Granada por los Reyes Católicos, muchos cristianos se habían enlazado con moras ó hebreas, é infinitos sectarios de Mahoma unieron ya su suerte á las hijas de los antiguos godos.

Los que se hallaban en este caso cuando la total expulsión de los moriscos, abrazaron con más ó menos buena fé la religion cristiana, y muchas familias españolas, pesie á la mencionada *limpieza*, descienden de los hijos de Agár: esto es indudable.

Un moro hemos conocido que se llamaba Vargas, y por sobrenombre *el Par ux* (el gallo).

Le había valido este apodo cierta propension, lo mismo que el animal peleador, á riñas y pendencias: Vargas siempre se hallaba dispuesto á la lucha á mogicones.

En una ocasion le hundieron media quijada de un puñetazo, y pocos eran los días en que su rostro no ostentaba cardenales y arañazos, gloriosas muestras de prolongados combates.

Vargas, en materia de riñas, era incorregible.

Vargas, además de esta circunstancia, tenía un odio mortal á los cristianos.

Pocos días ántes de que España declarase la guerra á Marruecos, había dicho á un pescador, hijo de Tarifa, en el momento en que éste abandonaba á Tánger, ciudad en donde *el Farrux* ejercía el oficio de zapatero, siendo al mismo tiempo soldado de artillería:

—Andar tú, y pintar en la bandera española dos gallinas, en vez de leones. ¡Español, estar un cobarde!

Creemos que el buen Vargas habrá modificado su opinión respecto á nosotros, en vista del resultado de la campaña.

III.

Y ya que de campañas se trata, recordamos en este momento la del rey D. Sebastian; la que el infortunado y ambicioso monarca portugués emprendió contra Marruecos el año de 1578.

El joven rey Mohamed, hijo del célebre Addallá, soberano de Fez y de Marruecos, había sido destronado por su tío Maluc.

Mohamed, sólo y errante en su patria durante algun tiempo, pretendió en vano sublevar á sus antiguos vasallos en contra del usurpador.

Viendo que no conseguía su objeto, y despues de gestionar tambien sin resultado alguno favorable cerca del rey de España, acudió á D. Sebastian de Portugal prometiéndole la mitad de sus dominios si le ayudaba en su justa empresa.

Era D. Sebastian, joven, ardiente y caballeresco, y bastante ambicioso de gloria.

En vano fué que sus consejeros, la mayor parte de la nobleza, y áun su misma madre, pretendiesen disuadirlo de la empresa temeraria de devolverle el trono á Mohamed.

Don Sebastian había decidido acometer la empresa, y á este objeto reunió su ejército, al que se le unieron multitud de aventureros españoles y venecianos.

Tuvo lugar el desembarque en la ciudad de Larache, que pertenecía, lo mismo que Arcila, á Portugal, y el día 3 de agosto del citado año de 1578, hizo alto el ejército invasor en los campos de Alcazarquivir (*Alcázar grande*), frente al de Maluc, que con fuerzas superiores lo esperaba.

Mohamed, como es de suponer, formaba en las filas de su protector.

Algunos de los más fieles vasallos del destronado rey, componían un pequeño cuerpo de caballería dispuesto á perecer en defensa de la causa de su señor.

Al amanecer del día 4 se acometieron ambos ejércitos con singular denuedo y D. Sebastian fué herido ligeramente en el primer encuentro.

No por eso se retiró del campo de batalla; y peleando en él con heróico denuedo, tuvo durante algun tiempo indeciso el éxito del combate.

Empero, el número de los infieles era tal, que la victoria no tardó en declararse en su favor.

Entónces el alférez que conducía la bandera real cayó muerto, y D. Sebastian, cargando desesperadamente al frente de algunos de sus caballeros, desapareció del campo de batalla.

Mariana, en su *Historia de España*, dice que este valeroso rey pereció aquel día, lo mismo que el usurpador Maluc y su sobrino Mohamed; sin embargo, otros his-

toriadores y la voz pública desmienten este aserto, y emiten encontradas opiniones sobre el fin que tuvo el desgraciado D. Sebastian.

Unos dicen que, cautivo de los infieles, arrastró una misera existencia en las mazmorras de Marruecos; otros aseguran que la misma noche de la pérdida de la batalla de Alcazarquivir llegó desalado á Arcila en compañía de unos pocos de sus servidores, y aún se enseña en aquella ciudad la casa en que se aposentó, y no falta quien afirme que el amor, más que el cautiverio, lo retuvo en Berbería.

La opinion más acertada, en nuestro concepto, es la de Mariana, y el cadáver del rey de Portugal debió confundirse entre la multitud de caballeros que perecieron aquel infausto día, bien en los campos de Alcazarquivir, ó al vadear el rio que corre en sus cercanías.

Este rio, que por aquel sitio no es muy ancho, arrasó entónces tantos cadáveres, y quedó tan inficionado con los arroyos de sangre que hasta él descendían, que aún en el día es conocido entre los moros con el nombre de *Rio de los apestados*.

Nosotros hemos atravesado el campo de Alcazarquivir de triste memoria.

Inculto y abandonado aquel campo, teatro hace tres siglos de la sangrienta lucha en que perecieron tres reyes, aún conserva en la actualidad palpables recuerdos de aquel suceso lamentable.

A poco que se escarce en la tierra se encuentran restos de armaduras, espadas rotas y corroidas por la accion del tiempo, ó con la sangre de los combatientes, y restos humanos, casi insepultos en aquella tierra de desolacion y de muerte.

En el número próximo terminaremos esta série de artículos sobre Marruecos, con una ligera descripción de la capital de aquel imperio.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

TEATROS.

Teatro Español: *El encapuchado*, drama en tres actos, y en verso, por D. José Zorrilla.—*Dos Napoleones*, comedia en tres actos y en verso, por D. Narciso Serra.—Lope de Rueda: *Los rancos*, comedia en tres actos y en verso, por D. José Marco.—Jovellanos: *La vida en un tris*, por los señores Pina (hijo) y Miró.—*Zilda*, ópera de Flotow.

El inspirado autor de *Sancho García*, el cantor insignie de nuestras gloriosas tradiciones, el más notable de nuestros líricos contemporáneos, no necesita seguramente añadir una hoja de laurel á su envidiable corona de poeta, ni há menester nuevas obras para asentar sobre sólidas bases su justo renombre y su reputacion merecida; en poco, hemos dicho mal, en nada puede amenguarse la admiracion que José Zorrilla nos inspira, ni ila que inspirará tambien á las venideras generaciones, un deslíz, disculpable como otros muchos que ingenios ilustres cometieron en todas épocas, quizás para probar que de las asechanzas del error no están enteramente libres ni aun los más esclarecidos talentos.

El encapuchado es, en nuestro concepto, un deslíz, y porque así lo entendemos así lo expresamos, que nunca comprendimos el respeto y la amistad si de la franqueza no se acompañan. Ni sería bien que, afectando aquí una compasion nécia, que el poeta para nada necesita, procurásemos ocultar defectos y mentir bellezas. Los hombres colocados ya á mucha altura, los escritores que, como José Zorrilla, gozan el privilegio raro, y concedido á tan pocos! de conocer en vida el principio de su inmortalidad, merecen algo más de sus contemporáneos que una benevolencia compasiva, muy oportuna cuando de alentar al principiante se trata; merecen ser estudiados con la severa imparcialidad con que se estudian y se examinan los grandes modelos.

Inútil, y ridícula juntamente sería la tarea de quien se propusiera disculpar los anacronismos de Shakespeare, ó justificar algunos delirios de Calderon. ¿Pues qué, con esos delirios, con aquellos anacronismos, no son Calderon y Shakespeare las dos figuras más grandes del teatro moderno?

El encapuchado, de Zorrilla, es un deslíz, repetimos: y como las grandes inteligencias nada pueden hacer pequeño, de su obra última puede afirmar el autor, imitando al protagonista de uno de sus más populares dramas: *deslíz es; mas como mio*.

Concepcion grandiosa, oscurecida por el desórden con que se desenvuelve, la leyenda que Zorrilla ha llevado al teatro presenta á la vista atónita del espectador un

cúmulo de acontecimientos inverosímiles, sin lazo común que los una y los encauce, dirigiéndolos á un punto determinado: la fábula de *El encapuchado* varia de carácter desde una escena á otra, y si hay momentos en que el poeta se cierce allá, en las regiones de lo ideal, ofreciéndonos bellísimos trozos de un drama fantástico, desciende en ocasiones á las realidades más prosáicas de la vida ordinaria, como si quisiera hacernos asistir á la vista de un pleito de mayorazgos.

Destácase, como figura principal de este confuso cuadro, el personaje que dá título á la obra, *el Encapuchado*, hombre de extraordinarias condiciones, de fuerzas hérculeas, de diabólica destreza y de indecible arrojo: en este concepto el carácter está perfectamente determinado. Las hazañas increíbles, los atrevidos golpes, á que súbitamente y con la celeridad del relámpago da cima, hánle hecho temible muchas leguas á la redonda, cercándole al par de esa aureola de lo sobrenatural, de lo milagroso con que la debilidad humana suele satisfacer puerilmente su amor propio cuando no sabe explicarse ciertos sucesos.

Pero justo es decir que Zorrilla, enamorado quizás de su personaje tal y como el vulgo lo concibe, no acierta á despojarlo de sus prodigiosas vestiduras para convertirlo en simple mortal: *El encapuchado* quédase, por ende, fluctuando entre lo humano y lo sobrehumano, entre lo maravilloso y lo real, sin que, por último, sepamos con certeza absoluta si nos las habemos con un hombre como los que se estilan ó con un demonio encarnado. Y sucede esto de tal suerte, que hay escenas en las cuales podrian decir con sobra de razon los espectadores al poeta: "¿Has hecho una comedia de magia ó una comedia de enredo? ¿Tu encapuchado es duende ó es hombre? Si es duende séalo en buen hora; pero séalo siempre, pues la *justa potestad concedida á los pintores y á los poetas* no llega hasta el extremo inaudito de trasformar alternativamente un fastasma en sér humano, y un sér humano en fantasma: si, por lo contrario, es hombre, y ésto es lo que más probable parece, no estaría demás, ántes bien sería muy conveniente que nos explicases el cómo y el por qué de muchos sucesos que aparecen ininteligibles."

Y á fé que nada tendrian de impertinentes estas respetuosas observaciones. Cuando el artista se lanza á lo sobrenatural; cuando, en alas de la inspiracion, crea nuevos mundos y grandezas no vistas, que sólo en su imaginacion fecunda tienen vida, el espectador, arrastrado áun á pesar suyo, sigue desde léjos al genio creador, admira sus magníficas concepciones y concede gustoso que, libre de toda traba, el poeta prescinda del tiempo, altere las leyes de la naturaleza y realice lo imposible; pero cuando la accion no traspasa los límites de la existencia real; cuando el asunto se desenvuelve en el campo de lo natural, de lo ordinario, preciso es que los efectos tengan sus causas conocidas; necesario que los misterios se aclaren; imprescindible que se descubran los secretos y que las dudas se desvanezcan.

Ehonorabuena que, para producir un efecto escénico, tal ó cual personaje aparezca de un modo inesperado y precisamente cuando su aparicion pueda resolver un conflicto; enhorabuena que, cuando más intrincado hallamos el nudo, se presente un hombre misterioso que todo lo sabe, que lo ve todo y que todo lo oye y desenlace la maraña; pero conseguido el fin, producido ya el buscado efecto, llega la ocasion de explicar, de un modo ó de otro, en esta ó en la otra forma, lo sucedido, de justificar la impensada presencia del personaje á quien juzgáramos más distante, de dar razon satisfactoria de su omnisciencia, de exponer, en una palabra, dentro de lo natural y de lo posible, lo que nos pareció maravilloso y absurdo.

El autor de *El encapuchado* ha omitido esas explicaciones, y el espectador ve con asombro á un hombre que se presenta en las ocasiones críticas; que se apodera con la mayor sencillez de sus adversarios; que sin dificultad, sustituye una cuantas *corazas* con otras tantas *capuchas*; que sabe lo que contra él maquinan, sin que para hacer esto cuente con espías conocidos, ni con inteligentes auxiliares; porque si bien en las primeras escenas llega á presumirse—por algunos incidentes de escasa importancia—que puedan ser cómplices del Encapuchado una traviesa joven llamada Mariposa, y un prebendado declamador á quien apellidan Maluenda, resulta despues que ni el prebendado sabe una palabra de lo que en torno suyo acontece, ni á Mariposa se alcanza más que decir exageradas ternezas y besar *con amor* (?) á una su compañera de infancia.

El Encapuchado, por otra parte, toma muy por lo sério su papel de demonio, sin que á nadie se alcance con qué propósito lo hace. Estos caracteres eminentemente dramáticos, estos personajes que lo dominan todo, pierden

por completo su prestigio ante el espectador desde el instante mismo en que aparecen, haciendo una ficción dentro de otra ficción; y esto sucede al Encapuchado, que, habiendo echado sobre sus hombros una penosa y noble tarea, se entretiene puerilmente y sin otro fin—conocido al ménos—que el de halagar su propia vanidad, en hacer lo posible para que se le tenga por el mismísimo diablo.

Inútil nos parece decir—cuando del cantor de Granada hablamos—que la versificación es galana, que es florido, y abundante en atrevidas metáforas y en imágenes bellas, el lenguaje, y animado el diálogo; si bien es cierto que—por el exceso mismo de confianza que la antigua amistad excusa—el poeta no se ha tomado el trabajo de pulir, de limar la parte formal de su drama, resultando por esto incorrecto á veces y hasta falto de propiedad el estilo.

Véase ahora si teníamos razón para considerar como un desliz *El encapuchado*; véase si la tenemos también para decir que no es en esta obra, ni en otras de la misma índole, donde han de buscar inspiración y enseñanza los que—muy cuerdamente en verdad—se propongan como modelo al autor de *Alhambra el Nazarita*.

Y no deben evitar ménos los aficionados al género de Breton, la lectura frecuente de comedias como *Dos Napoleones*, obra singular, compuesta de un primer acto de comedia y de un sainete dividido en dos.

Ni la proverbial fluidez de la versificación de Narciso Serra, ni la oportunidad y la gracia inimitable de algunos chistes, ni la viveza del diálogo, son suficientes para hacer aceptable una comedia falsa desde la primera escena hasta la última, comedia en que simultáneamente y con el sólo propósito de justificar el título *Los Dos Napoleones*, se desenvuelven tres acciones distintas á cual más inverosímiles.

Una joven lindísima y honrada, que sin miramientos de ningún género se instala con envidiable desenfado en casa de un tío suyo á quien no conoce ni aun de vista, y que es joven, y no mal parecido, y calavera por añadidura, no se encuentra fácilmente en el mundo real; pero es todavía ménos fácil hallar una viuda que cuando aspira á contraer nuevos lazos, se comprometa, con notable peligro de su buen nombre y limpia fama, á dar albergue á un recién nacido, fruto de los desgraciados amores de una amiga; pues todo esto sucede en los *Dos Napoleones*; y suceden además otras mil cosas que no son para vistas, ni aun para contadas. Aquel padre que deja así, en casa extraña á su hijo, el recién nacido á quien visten en la cocina, el trueque de los niños, las gracias no muy limpias de los mismos, todo, en fin, lo que en el segundo y en el tercer acto ocurre es de pésimo gusto y completamente inadmisibles, si ya no es que la cultura y la decencia son en el teatro palabras vacías de sentido.

Si el autor de *Los flacos* no hubiera exagerado hasta un extremo inaudito los rasgos característicos de los personajes; si no se hubiera empeñado, contra lo que exige la lógica de los sucesos y la verdad artística, en presentar contritos y arrepentidos de pasadas flaquezas á los actores; si, para conseguir esto, no se hubiese valido de un medio que, amen de ser violento, tiene el inconveniente de haberse empleado en muchas ocasiones, la última comedia del Sr. Marco sería, como otras suyas, si no merecedora de ruidosos aplausos, digna por lo ménos de estimación y aprecio. Aun con los lunares que hemos indicado, se ha escuchado sin disgusto unas cuantas noches: no merecía más.

No se habria escuchado tantas un juguete cándido que con el título *La vida en un tris* han representado en Jovellanos, si no hubiera logrado cobijarse bajo el manto protector de *Zilda*, ópera de Flotow, arreglada por los Sres. Mondéjar y Castillo. La música de *Zilda* gusta más cada noche. Lástima grande, que Pilar Bernal, artista de tanto corazón como inteligencia, no tenga facultades para cantar el segundo acto como canta el primero.

A. SANCHEZ PEREZ.

CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

(Continuación.)

X.

SITIO Y RENDICION DE STRASBURGO. Reducido el ejército francés á la nada después de la cada día más incomprendible capitulación de Sedan, que dejó franco á los alemanes el camino de París, claro es que el interés de la guerra tiene que haber decaído notablemente porque

los batallones alemanes, sin enemigo serio á quien combatir, y dejando al tiempo que les ayude en su tarea, se han establecido en las posiciones convenientes y en ellas permanecen inactivos, salvo los pequeños combates de avanzadas, ineludibles al frente del enemigo, por débil que se le suponga. El príncipe Federico Carlos sigue bloqueando á Metz, los ejércitos sitiadores de París y las pequeñas plazas francesas que los prusianos juzgan conveniente someter, continúan sus trabajos con calma y tranquilidad, no de otra manera que el jugador de ajedrez que vé ganada la partida por ventajas irreparables conseguidas sobre su adversario, mueve tranquilamente sus piezas, seguro de llevar á su punto objetivo triplicadas fuerzas que hagan imposible toda defensa al contrario. La campaña, pues, por parte de los alemanes ha entrado en un período de monotonía que en vano procuran animar los frecuentes combates con las mal organizadas fuerzas de sus enemigos. Estos parece que quieren despertar de su letargo, organizando ejércitos dentro y fuera de París y molestando á los invasores con ataques y algaradas de los cuerpos francos; pero nada hasta ahora indica que pueda cambiarse la suerte de las armas, siendo vencidos los vencedores de ayer.

La más importante empresa llevada á feliz término por los alemanes desde nuestro último artículo, es indudablemente la toma de Strasburgo, plaza fuerte fronteriza que, abastecida de todo lo necesario, parecía destinada á hacer una defensa punto ménos que heroica y como tal nos la pintaban todos los días los periódicos y correspondencias francesas, en las cuales se prodigaban los más apasionados elogios á su gobernador, en cuyo obsequio se abrían suscripciones patrióticas, mereciendo del gobierno de la República ser promovido á la alta dignidad de mariscal de Francia. Los hechos, con su fría y convincente lógica, han venido á demostrarnos lo contrario, siendo hoy una defensa ménos que mediana lo que ayer creíamos heroica en grado eminente. Esta aserción nuestra, que podrá parecer á algunos exagerada, merece que la fundemos en pruebas deducidas de los hechos y partes oficiales, y esto es lo que vamos á hacer persuadidos de que la pequeñez de nuestras fuerzas es aún demasiada para tan fácil empresa.

No es Strasburgo una plaza fuerte de primer orden de esas en que los ingenieros han acumulado los elementos defensivos con inteligencia y abundancia de medios, aprovechando para la defensa todos los accidentes y propiedades del terreno; pero no por esto se puede decir que Strasburgo sea una plaza de poca importancia militar. Fortificada por Daniel Speckle, que murió en ella en 1589, y reformada por Vauban dos siglos después, presenta hoy un recinto abaluartado con medias lunas en casi todos sus frentes, algunas de ellas, las ménos, con reducto interior, fosos de agua de nivel variable, y camino cubierto; un pentágono abaluartado forma la ciudadela, y á estas defensas permanentes lícito es añadir las de campaña que hayan podido construir los sitiados desde el día de la batalla de Whoertz hasta el día de la investidura de la plaza, y las inundaciones artificiales que dificultan sobremanera los aproches de la plaza. Once mil hombres de ejército permanente, guardia móvil y guardia nacional estaban encargados de su defensa á las órdenes del general Ulrich.

A mediados de agosto, la división bávara se aproximó á la plaza, y reforzada por la primera división de reserva y la de la landwehr de la guardia real prusiana, formó el ejército sitiador mandado por el general Werder y provisto de los correspondientes parques de artillería é ingenieros. El 24 de agosto, terminada por completo la investidura de la plaza, se requirió á su gobernador para que capitulara si no quería exponerla á las terribles consecuencias del bombardeo; el general Ulrich se negó á capitular, y las baterías sitiadoras rompieron el fuego contra la ciudad por cima de la cresta de los parapetos; los alemanes, como se vé, no creían en la necesidad del ataque paso á paso, lento y mortífero siempre, y procuraban apoderarse de la plaza por el medio más terrible y destructor de los fuegos curvos: al amanecer del 26 se suspendió el fuego á petición del obispo, y no habiendo surtido efecto alguno las gestiones del prelado para obtener del gobernador la promesa de capitular, se prosiguió el bombardeo, que duró hasta el día siguiente. Los desperfectos causados por los proyectiles huecos eran inmensos, segun la versión francesa; pero por lo visto no fueron suficientes para obligar á la población á imponerse al gobernador obligándole á capitular; es cierto además que aunque en un principio el general Ulrich rechazó la autorización para dejar salir de la plaza á las mujeres, niños, enfermos y demás personas que no quisieran permanecer en la ciudad durante el sitio, después se han aprovechado muchas familias de los salvo-conductos que diariamente enviaba en blanco

el general Werder. De todos modos y sea la que quiera la causa, los alemanes cambiaron de plan y suspendiendo el bombardeo emprendieron el ataque regular y metódico contra la plaza; elegido el frente de ataque, la noche del 29 de agosto fué la señalada para la apertura de la trinchera, operación llevada á cabo por los alemanes con toda felicidad, y el día 2 de setiembre estaba completamente terminada la segunda paralela, los ramales de comunicación con la primera y las baterías de ambas; en la misma noche la guarnición de la plaza hizo una salida contra los trabajadores, que fué rechazada en los dos extremos de los ataques, por el 30 de línea prusiano en el flanco izquierdo, y por el segundo de granaderos de Baden en el derecho. Los sitiadores continuaron la construcción y armamento de las baterías, llegando el día 9 á tener en batería 98 piezas de sitio y 40 morteros, que apagaron pronto los fuegos de la plaza casi por completo; á la zapa volante desembocaron de la segunda paralela, estableciendo del mismo modo la tercera y última, que quedó terminada en la noche del 12, no sin pérdidas de los alemanes, entre las cuales se cuentan la muerte del teniente coronel de ingenieros Gayl, la del coronel Hertzberg y la del teniente Helleman. Desde el día siguiente, el ataque se paraliza al decir de los partes prusianos, por la convicción de que la plaza capitulaba antes de fin de mes. En qué fundaban este presentimiento cosa es que ignoramos, apesar de que el tiempo haya confirmado plenamente su pensamiento. Tres días emplearon los sitiadores en atravesar el glacis y coronar el camino cubierto, no sabemos si á viva fuerza ó á la zapa volante, pues los partes prusianos se limitan á consignar que no se ha empleado en los distintos períodos del ataque la zapa llena: establecidas en el arden del camino cubierto las baterías de brecha el día 22 se terminaron los alojamientos en las dos medias lunas atacadas, y el 26 quedó practicable la brecha en el cuerpo de la plaza: en este punto pidió el gobernador capitulación, que fué ajustada, entrando los alemanes el 28 de setiembre en Strasburgo, á los 30 días de trinchera abierta, y habiendo tenido durante el sitio unas quinientas bajas entre muertos y heridos.

Esta relación sucinta del sitio de Strasburgo no es bastante para poder apreciar la manera con que los alemanes han conducido sus trabajos de ataque, que para estar contruidos, como aseguran, á la zapa volante, no son modelo de velocidad; pero si respecto á la conducta de los sitiadores nuestro juicio queda en suspensó, no podemos hacer lo mismo respecto de los sitiados, que á decir verdad no han hecho grandes esfuerzos por retardar el momento de la rendición de la plaza. Pasemos por alto la flojedad con que han obrado durante la defensa lejana en que el ataque lleva tantas ventajas á la defensa; prescindamos de la poca ó ninguna que han hecho del camino cubierto y medias lunas, y después de todo esto nos queda siempre en pié el siguiente hecho digno de la censura más amarga. Practicable la brecha del cuerpo de plaza el día 26, quedaba á los alemanes aun el paso de un foso con dos metros de agua, operación difícilísima y sobre todo de una gran lentitud, y después de llevada á cabo coronar la brecha, cosa que rara vez se consigue del primer empujón á poco que los sitiados se defiendan. No exigimos de todos los defensores que sean héroes; pero no nos parece mucho el pedir que sean hombres y que de consiguiente sepan apreciar con serenidad y sangre fría el peligro y acudir en su remedio. Un atrincheramiento detrás de la brecha más ó ménos perfecto ha podido construirse durante el sitio, y, una de dos: ó no se ha hecho, y es una falta militar imperdonable, ó si existía no han sabido sacar partido de él para estorbar el paso del foso y á su abrigo capitalitar después que el enemigo coronase la brecha al cabo de uno ó más asaltos. A esto está obligado todo militar, no dando por concluida la defensa, como algunos equivocadamente suponen, cuando el coronamiento del camino cubierto está terminado. ¿Y cómo los ingenieros á quien se nos levanta este falso testimonio hemos de decir eso, cuando desde esta operación la defensa adquiere la superioridad sobre el ataque y empieza el período más sangriento y trabajoso para los sitiadores? Todos los esfuerzos imaginables no conseguirán nunca retardar una noche la llegada del sitiador al pié del glacis; pero desde este punto el ataque empieza á hacerse más difícil y cuando se consigue á fuerza de valor é inteligencia coronar el camino cubierto, estableciendo los caballeros de trinchera y baterías de brecha con barro amasado con la sangre de los oficiales y soldados de ingenieros, empiezan las dificultades materiales, que aumentadas por la pericia del gobernador y valor de la guarnición, podrán prolongar la defensa todo lo que permitan los víveres y municiones con que cuenta la plaza. Conste, pues, que los ingenieros militares creen que para que

una defensa sea completa bajo el punto de vista militar, no basta que la guarnición resista un asalto, sino que es preciso que trate de arrojar al enemigo del alto de la brecha siempre que sobre ella se presente, y que para cuando esto le sea imposible, haya preparado su retirada construyendo detrás de las brechas sólidos atrincheramientos unos detrás de otros, y cuantos más mejor, hasta que al llegar al último proponga la capitulación para salvar á la población de los horrores del asalto. Entonces, y sólo entonces, habrá el gobernador sacado ileso el honor de las armas.

No habiendo hecho el general Ulrich nada de esto, claro es que la defensa de Strasburgo ha sido, como al principio decíamos, ménos que mediana; y escusado nos parece insistir más sobre este punto, persuadidos como estamos de que nuestra opinión es la de la mayoría de los militares de todas las naciones.

A la rendición de Strasburgo han seguido la de Orleans el día 11 de octubre, á consecuencia de la batalla de Ardenay, ganada por los confederados al mando del príncipe Alberto; la de Chateaudun (19 octubre); la de San Quintin (21 octubre); la de Chartres y la de Soissons, donde han cogido los alemanes, según el parte oficial, 99 oficiales y 4.633 prisioneros de tropa, 128 piezas de artillería y gran cantidad de municiones.

Delante de Metz y de París nada notable. Esta frase que con monotonía sin igual nos repite el telégrafo casi á diario, es, sin embargo, una gran verdad, que nos asombra y que en vano procuramos explicarnos. Aun el asunto de Metz, tiene en parte razón de ser, porque un campo atrincherado de 100.000 hombres bien armados y abastecidos de lo necesario, no se toma en pocos días; pero ya debía haberse adelantado algo más de lo que los partes nos anuncian, pues sólo hemos leído que los alemanes han terminado sus trincheras, ó sea, á nuestro juicio, que han concluido sus líneas de contravalación, y de consiguiente que á los obstáculos naturales han aumentado los que proporciona el arte y que Bazaine, á pesar de su buen deseo, aunque tardío, está en una situación sostenible todo lo más mientras los víveres no escaseen ó los alemanes no emprendan el ataque decisivo. Los políticos, en cuyo número no nos contamos, creen ver en esta inacción del ejército que manda el príncipe Federico Carlos, un hábil plan de Bismarck; nosotros no vemos más sino que la dificultad de la empresa hace á los alemanes circunspectos, y no quieren exponerse á un revés que podía tal vez serles funesto por adelantar algunos días la toma de una plaza que á ménos de una paz inmediata ha de ser suya.

Pero si lo de Metz nos lo explicamos mejor ó peor, lo de París, por el contrario, nos tiene maravillados. No cabe en nuestra cabeza que los ingenieros alemanes hayan tomado en serio las defensas de París y no estén alojados ya en alguno de los fuertes exteriores, cuya poca capacidad y demás condiciones de su trazado les hace impotentes para una defensa obstinada. No comprendemos el objeto que se lleva el rey Guillermo, cuyo ejército disminuyen diariamente las enfermedades y los proyectiles franceses, en pasearse por los jardines de Versalles, creyendo, según se dice, que el hambre rinda á París. Indudablemente la buena fortuna constante ciega á los que favorece. París, fácil de tomar en los primeros momentos, saca fuerzas de flaquezas, arma á sus habitantes, los instruye día y noche, los organiza, y multiplicando sus pequeñas salidas, va poco á poco formando soldados aguerridos de los que ayer eran tirores, incapaces de batirse en campo abierto con un ejército regular áun inferior en número. Por fortuna para los alemanes, los departamentos no imitan á París, y aunque algunos, pocos son aún los ataques de las poblaciones contra sus invasores. En la guerra no se puede desperdiciar las ocasiones, y para conseguir la victoria en una campaña, no basta ganar batallas si se dilata el destrozar al enemigo alcanzando el resultado máximo de su derrota.

De intento no hemos hablado nada de las legiones extranjeras ni de la entrada de Garibaldi en Francia. Gotas de agua que no lograrán aumentar el caudal del más insignificante arroyuelo, dignos de elogio son sin embargo, aquellos de sus individuos que impulsados únicamente por sus convicciones han ido á compartir las penalidades y peligros de la guerra, poniéndose al lado del débil; lejos de nosotros, pues, la idea de criticarlos, por más que creamos su concurso inútil y un sí es no es perjudicial para la misma causa que defienden.

Cerramos este artículo acariciando una dulce esperanza; las probabilidades de un armisticio tal vez incondicional, crecen de día en día. Inglaterra, de acuerdo con Austria é Italia, se ha resuelto á intervenir directamente cerca de Prusia para obtenerle. Rusia trabaja en el mismo sentido, aunque aisladamente. Nuestro Go-

bierno tampoco dejará de hacer cuanto pueda, y no dudamos que Prusia cederá á las gestiones reiteradas de la mayor parte de los Estados de Europa. ¡Quiera el cielo que en nuestro próximo artículo podamos copiar á la letra las condiciones del armisticio, como preliminar necesario de la paz por que suspira la humanidad en estos momentos!

EDUARDO DE MARIÁTEGUI.

BARCELONA.

Nuestro inteligente y activo corresponsal el Sr. Pellicer, nos remite desde Barcelona los apuntes á que damos hoy lugar en las columnas de LA ILUSTRACION.

Con estos dibujos, reunidos á los que han visto la luz en el periódico, y al interesante artículo del señor don Roberto Robert que insertamos en el número anterior, podrán nuestros lectores formar idea completa de la fisonomía especial que ofrece la hermosa capital del Principado durante la terrible epidemia que la affige.

MELODÍAS.

I.

Cuando mis ojos vieron
Por vez primera
El sol esplendoroso
De tu belleza,
Con un suspiro el alma,
Tierno y amante,
Me dijo:—"Así en el cielo
Serán los ángeles."
Y con otro suspiro
De pena y dicha,
Exclamó embelesada:
—"Dios la bendiga."
Desde entonces, bien mio,
Yo soy tu esclavo,
Y arde en mi pecho el fuego
De un amor santo;
Y tu nombre y tu imágen
Idolatrada,
Prestan matiz al iris
De mi esperanza;
Y durmiendo y despierto,
De noche y día,
Por tí dicen mis labios:
—"Dios la bendiga."

II.

Yo he tenido mucho tiempo
Ciega afición á las rosas,
Y ya me causan enojos;
Pregunta por qué á tu boca.
Antes las perlas menudas
Miraba yo con deleite,
Y hoy las miro y no las veo;
Pregunta por qué á tus dientes.
De capullos de azucenas
Antes buscaba yo ramos,
Y hoy apenas lo recuerdo;
Pregunta por qué á tus manos.
El rubio color del oro
Era para mí un portento
Y hoy lo miro indiferente;
Pregunta por qué á tu pelo.
Por símbolos de pureza
Tuve el armiño y la nieve
Y ahora noto que he soñado;
Pregunta por qué á tu frente.

III.

Cuando entre dudas
Juzgo ilusoria
De nuestras almas
La union dichosa,
No sé qué espíritu
Cruza la atmósfera
Y así me dice
Con voz sonora:
—"Ella es el cuerpo,
Tú eres la sombra;
Ella es la perla,

Tú eres la concha;
Ella es el nardo
Rico en aroma,
Tú el tallo humilde
Donde se apoya."
Y la voz cesa
Y por tí mi alma dice:
—"Bendita sea!"

IV.

Cuando se oculta el cielo
Tras blancas nubes,
Es que vé tus rasgados
Ojos azules;
Y cuando el sol se esconde
Tras nubes pardas,
Es que vé la luz pura
De tus miradas.
¡Qué tienen de tus ojos
Color y fuego,
Que así la envidia engendran
En sol y cielo?

V.

Si alguno de tu amor y tu hermosura
A preguntarte llega
Quién merece ser dueño, tú, alma mia,
Responde lo que quieras.
Si alguno te pregunta que si sabes
Quién puede en todo el orbe
Quererte más y con mayor ternura,
Pronuncia tú mi nombre.

PEDRO MARÍA BARRERA.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses.	22 rs.	EN MADRID.	
Medio año.	42 »	Tres meses las dos publicaciones.	23 rs.
Un año.	80 »	Medio año.	52 »
EN PROVINCIAS.		Un año.	100 »
Tres meses.	30 »	EN PROVINCIAS.	
Seis meses.	56 »	Tres meses.	52 »
Un año.	100 »	Medio año.	90 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		Un año.	170 »
Medio año.	85 »	EN PROVINCIAS.	
Un año.	160 »	Tres meses.	52 »
AMÉRICA Y ASIA.		Medio año.	90 »
Un año.	240 »	Un año.	170 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »	CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
		Medio año.	200 »
		Un año.	360 »